



Vista de la plaza de Greven en Viena.

25 de Setiembre de 1843.

TOMO I. 25

ESTUDIOS DE VIAGES.

AUSTRIA.—VIENA.

Viena, capital de la monarquía austriaca, está situada en la ribera derecha del Danubio y sobre un riachuelo que la atraviesa y se pierde en el mismo río. Fortificaciones regulares separan la ciudad de los arrabales, que son treinta y cuatro, algunos de ellos bañados por los riachuelos de Wien y de Alserbach; otros dos están atravesados por un brazo del Danubio, sobre el cual hay construidos tres puentes. Su circunferencia es casi la misma que la de París, pero su población y la estension de sus edificios son mucho menos importantes. Consta aquella en efecto de menos de 300.000 habitantes, comprendiendo en este número la población de sus arrabales.

La situación de Viena es deliciosa; colocada en medio de una llanura á que dan vistosa variedad colinas pintorescas, y al lado de uno de los grandes rios de Europa, rodeada de paseos encantadores y de tierras fértiles, ofrecería una mansion encantada, si un clima variable y un cielo frecuentemente nebuloso no diesen á sus monumentos así como á sus campiñas un aspecto monótono; la ventaja de estar bañada por el Danubio casi desaparece en vista de algunos inconvenientes; el derretimiento de las nieves engruesando los riachuelos que recibe este río, le hace desbordar de tal suerte que una parte de los arrabales está continuamente inundada á una gran altura.

Todo está amontonado en la ciudad; las calles que se cruzan irregularmente no están alineadas ni bien niveladas; y aunque empedradas no son limpias ni cómodas. Es tal la desigualdad del terreno que hay calles que pasan por encima de otras en forma de puentes. La única que hay hermosa es la de Herrenstrasse. Las plazas públicas estrechas é irregulares están llenas de monumentos en lo general de mal gusto. La estatua ecuestre de bronce de José II, de dimensiones colosales colocada en la plaza de José, hace por el contrario honor al talento de Zauner que la ha ejecutado.

La población que habita la ciudad vive en casas altas y reducidas. No hay en su recinto otro paseo que el Fraben, donde se hallan los principales almacenes de modas y donde se reúnen todas las tardes los ociosos y los extranjeros.

Desde que la estación lo permite, los vieneses abandonan la ciudad, los habitantes acomodados se retiran en verano á los arrabales que distan 600 toesas. A uno y otro lado de la esplanada intermedia hay hermosas fondas y conventos transformados en cuarteles, calles de árboles la cortan en distintas direcciones; pero no estando empedradas, son como las de los arrabales, muy incómodas en estío á causa del polvo y en invierno á causa del lodo. Por lo demás los arrabales, mucho mejor abiertos que la ciudad, tienen muchas calles anchas y regulares. Hay en ellas algunos palacios de verano, pertenecientes á familias principales, y muchas casas que sin ser de una arquitectura rica, no carecen de cierta elegancia y están rodeadas de numerosos y vastos jardines. Si las calles estuviesen empedradas indudablemente

te los arrabales constituirían una mansion de las mas agradables. En el que tiene el título de Landstrasse está situado el Belveder, construido por el príncipe Eugenio y que hoy pertenece al emperador: este edificio es el mas hermoso de la capital y contiene la galería imperial de pinturas.

Háse observado que el consumo de comestibles es en proporcion mas considerable en Viena que en las demas poblaciones grandes á causa de la decidida afición de sus habitantes á la buena carne. Pocos países hay donde se coma mas. La abundancia general dá á los vieneses la facilidad de saciar su pasión gastronómica: otro de sus placeres favoritos es el baile y el paseo, y para satisfacerlo acuden á los jardines de *Augarten* y al *Prater*, que es una vasta pradera cubierta de bosques, de robles y hayas, que divide una hermosa calle de una legua de largo. En tanto que se entregan á la alegría, bajo la sombra de los árboles, que están entremezclados de casas, de cafés y de figones, millares de carruages de todas clases y de caballos recorren en todos sentidos la gran calle que termina en un pabellon que es la meta de las carreras; allí se encuentra el Danubio, y sobre sus orillas una calle plantada de árboles. En este paseo es donde se ve la carroza del emperador de Austria seguir modestamente la hilera de los demas coches, sin que jamás el príncipe los haga parar para que le dejen paso. En la mayor parte de las capitales de Europa, los simples lacayos del soberano, como todos cuantos se le acercan, tienen un aire de importancia necio y ridículo; en Viena son sencillos y modestos, y lo que es mas raro en gentes que se rozan con la grandeza, honrados.

Un médico inglés, Adam Neale dice en la relacion de su viaje á Alemania: «Desde 1768 la población de Viena ha experimentado un aumento conocido, merced á la afluencia de los emigrados de Italia, de los Países Bajos, de la Holanda, de la Polonia, de la Suiza y de los Estados Germánicos. Pero al mismo tiempo ha crecido tambien constantemente el número de muertos en una proporcion mucho mas considerable, sin que pueda designarse ninguna causa á esta mortandad, á no ser que provenga de ser demasiado reducido el ámbito de la ciudad para la numerosa población que contiene. Así es que en 1786 este número era de nueve á diez mil anualmente; pero desde 1790 ha subido sucesivamente hasta catorce, quince y aun diez y seis mil, número que comparativamente escude en mucho al aumento de población. Hoy el término medio de la mortandad es de un individuo sobre quince, mientras que en Londres no es mas que de uno sobre treinta; en Viena los ejemplos de longevidad son raros en proporcion, de modo que puede decirse que en esta capital la vida humana corre dos veces mas peligro que en Londres. No sé si esto provendrá de la glotonería que se atribuye á los habitantes, y que hasta se ha hecho proverbial, ó mas bien del clima que es muy vario, pues comunmente en menos de dos horas el calor mas sofocante sucede al frio mas riguroso. El aire de Viena, si no lo purificáran todos los dias un viento fresco que se levanta á las diez, llegaría á ser pestilencial. El agua de las fuentes es allí insalubre y causa frecuentemente violentos cólicos á los extranjeros, y el agua del Danubio es tan gruesa y cenagosa que es imposible beberla si no se la filtra con el mayor cuidado.

Los arsenales de Viena contienen una coleccion muy

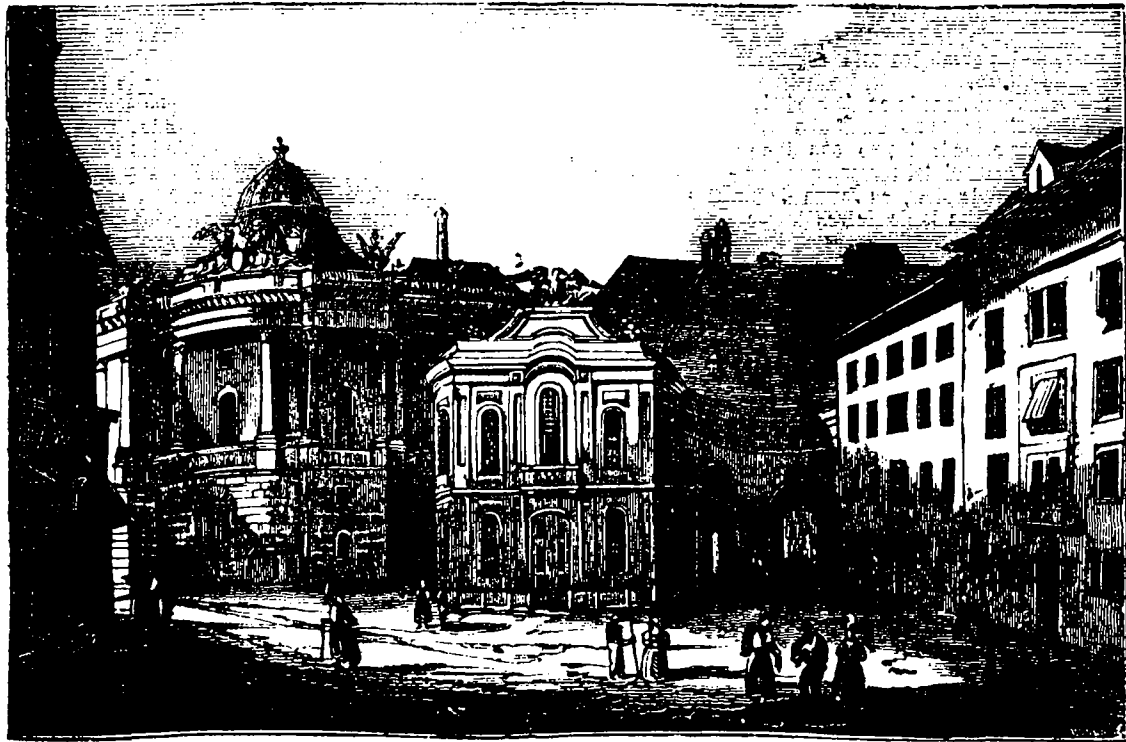
rica y curiosa de máquinas de guerra antiguas y modernas, entre las cuales se ven cuatro enormes piezas de cañones turcos, monumentos de las victorias del príncipe Eugenio; una de ellas que tiene la fecha de 1516, fué tomada en Belgrado en 1717; pesa ciento setenta y nueve quintales y puede lanzar una bala de ciento veinte y cuatro libras; otra fundida en 1560 pesa ciento diez y siete quintales y puede recibir una bala de sesenta. También se hallan en el gran arsenal dos máquinas de madera, una de las cuales dispara una bala de piedra de cuatrocientas libras, y otra una bala de doscientos cincuenta. Hay igualmente un mortero de hierro de un calibre enorme, cercado de aros de hierro de dos pulgadas de espesor cada uno, y otro mortero de bronce mas grande sobre el cual están grabadas estas palabras: *Segismundo, archiduque de Austria*, 1404. Las paredes exteriores del edificio están rodeadas de una cadena prodigiosa que tiene doscientos pies de longitud, pesando cada eslabon veinte y cuatro libras. Esta cadena es solo un pedazo de la que los turcos arrojaron al Danubio cerca de Baden en Hungría para impedir que se aproximasen las lanchas cañoneras de los austriacos. Entre los restos de armaduras antiguas está el gorro de terciopelo carmesí de Godofredo de Bouillon y el chaleco de piel de buefalo de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, horadado en el costado derecho por la bala que terminó la existencia de este príncipe en la batalla de Lautzen en Sajonia en 1632.

En otro arsenal se enseña la cabeza de Cara Mustafa, gran visir y capitán del ejército turco en el último sitio de Viena en 1683. El destino de este hombre tuvo algo de extraordinario. Fué el favorito de la sultana, madre del gran Turco, la cual le elevó á las primeras dignidades del estado. Empero siéndole contraria la suerte en el si-

tio de Viena, fué ahorcado en Belgrado por orden del sultan y enterrado en secreto: al tomar las tropas austriacas esta ciudad, desenterraron su cuerpo y enviaron su cabeza en un saco de sal á los vecinos de Viena. En una relacion del sitio de esta ciudad, impresa en Londres en 1684, refiere un testigo ocular, que durante el sitio de Viena, *Cara Mustafa* se hacia transportar cada tres dias en una especie de caja de hierro herméticamente cerrada para visitar las fortificaciones. ¿Creeríase que este visir, que tanta pusilanimidad mostraba, hubiese concebido proyectos gigantescos? Pues á nada menos aspiró que á subyugar el occidente de la Europa despues de haber sometido la capital del Austria. Invadió su territorio á la cabeza de trescientos mil hombres, mandados por cinco príncipes soberanos y treinta y un bajas. Formaban su tren de artillería trescientos cañones. Sabido es que Viena fué reconquistada de los turcos por el valor de los polacos mandados por su rey Juan Sobieski.

Al frente de los mas hermosos edificios de Viena es preciso colocar el palacio imperial, llamado el Burgo, que ha dado su nombre á la plaza en la cual tiene su entrada (Burg-Platz). Este palacio es un antiguo edificio irregular que encierra magníficas colecciones de mineralogía, objetos artísticos, curiosidades y medallas; colecciones que tal vez sobrepujan por su riqueza á las de las demas capitales de Europa.

El emperador habita la parte del palacio llamado Schweitzerhoff. Este palacio está cercado de edificios notables: en un lado se vé la antigua chancillería del imperio, adornada de cuatro grupos de colosales dimensiones; en el otro está la biblioteca imperial que contiene treinta mil volúmenes, seis mil ejemplares de los prime-

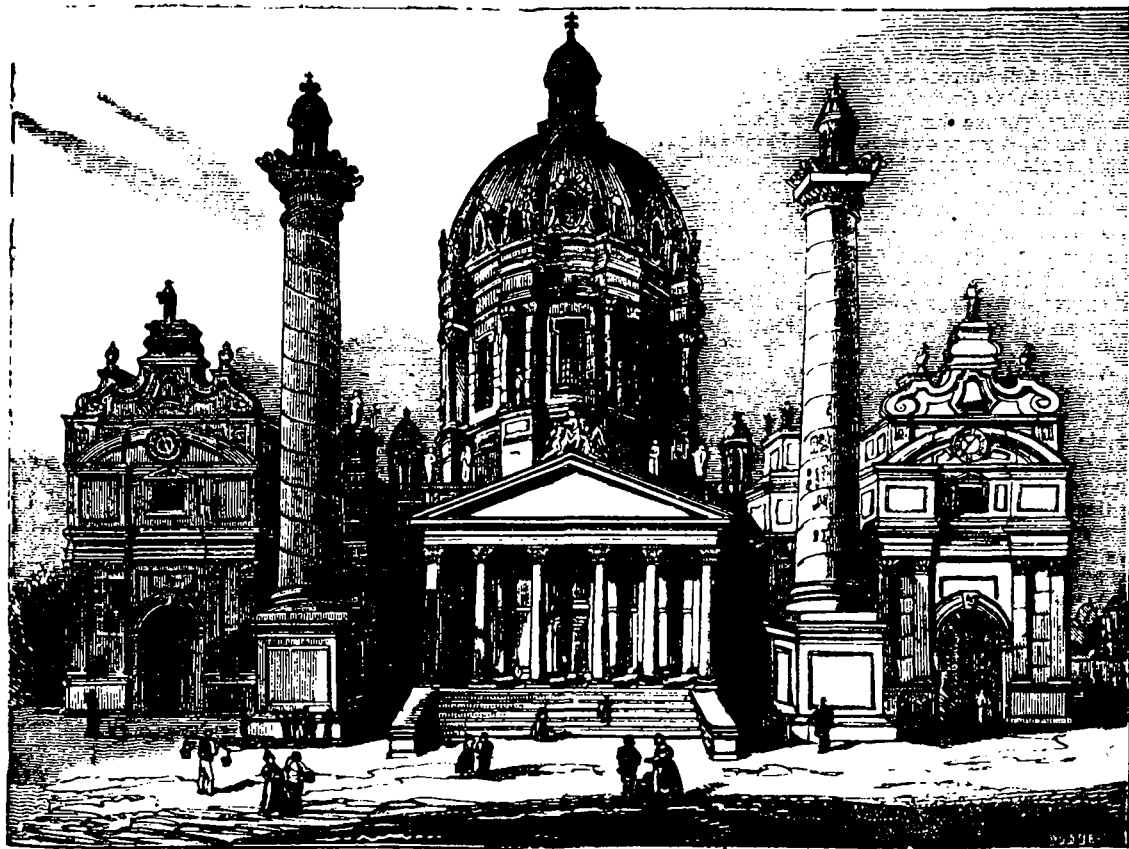


Vista del palacio de san Miguel y palacio imperial en Viena.

ros ensayos de la imprenta, y doce mil manuscritos (1). Mas lejos está la escuela de equitación, obra maestra de arquitectura, á la cual se unen las dos salas del reducto y el teatro del Burgo. En el jardín público, llamado Volksgarten, hay un templo en el cual se admira la bella estatua de Teseo, una de las obras maestras de Canova.

Para formarse una idea de la riqueza de Viena en hermosos edificios sería menester pasar revista al palacio del duque de Sajonia-Teschen, propiedad hoy del archiduque Carlos; la casa de monedas, la chancillería de corte, la casa del consejo de guerra, la chancillería de Bohemia, la de Hungría, la casa de villa, el palacio del arzobispo, el de la universidad, los teatros, el palacio de la asamblea de los Estados, de estilo gótico, el observatorio etc. etc.

Las iglesias de Viena merecen ser vistas. En la torre de la de San Esteban, que goza el título de catedral, llama la atención una campana que pesa 50,000 libras, y que está fundida de los cañones tomados á los turcos cuando levantaron el sitio de Viena. Esta torre tiene mas de cuatrocientos pies de altura. San Esteban encierra treinta y ocho altares de mármol, los sepulcros del emperador Federico IV, del príncipe Eugenio de Saboya etc. La iglesia de san Pedro construida con arreglo al modelo de la magnífica basilica de su nombre en Roma, tiene una cúpula cubierta con cobre; en la iglesia de los agustinos pueden admirar los curiosos el mausoleo que Canova ha erigido á la archiduquesa Cristina, y el de Leopoldo II por Zauner. La iglesia de san Ruperto data de 740. En un subterráneo de la iglesia de Capuchinos están en-



Iglesia de san Carlos Borromeo.

terrados los príncipes de la casa de Austria; contiene setenta y cuatro féretros, principiando por el de *Matias*.

(1) Esta biblioteca posee ochocientos volúmenes de grabados; y doscientos diez y siete de retratos; entre los manuscritos se hallan los geroglíficos mejicanos que aun no ha habido quien pueda explicarlos; un manuscrito de Dioscórides con dibujos de plantas sobre vitela, pintados en el siglo V el original del senado-consulto que regularizó las bacanales el año 567 de Roma; el manuscrito del Taso de la *Jerusalén libertada*, el papyro egipcio etc.

Existe en Viena una costumbre muy singular respecto á la sepultura de los individuos de la familia imperial: aunque sus cuerpos se depositan en la iglesia de los Capuchinos, sus entrañas son trasladadas á la de san Esteban y sus corazones á las de los Agustinos. Cerca del arrabal de Wieden está la iglesia mas regular de Viena, San Carlos Borromeo, que fué construida en cumplimiento de un voto hecho por el emperador Carlos IV para que cesara la peste de 1715.

Las escuelas de instruccion pública son numerosas en Viena. En el instituto politécnico se enseña todo lo que

tiene relacion con las artes, la industria y el comercio. La academia de medicina y de cirugía es notable, tanto por su organizacion como por la belleza de su edificio. La universidad que cuenta setenta y nueve profesores y á la cual concurren mil doscientos estudiantes, posee una biblioteca de cien mil volúmenes. Enseñanse en ella la anatomía, la química, la física y las ciencias naturales. La escuela de los orientalistas está destinada á formar intérpretes para facilitar las relaciones de Austria con la Puerta Otomana. Ademas de estas escuelas existen otras para los jóvenes de la nobleza. Las bellas artes se enseñan en un establecimiento especial; en otros se ocupan de su aplicacion á los productos de la industria. Hay una academia de ingenieros; el conservatorio imperial donde se forman músicos distinguidos; el número de discípulos de este establecimiento sube á doscientos; contiene archivos musicales muy importantes, una biblioteca compuesta de obras teóricas é históricas, relativas á la música, y una coleccion de instrumentos antiguos y modernos de todos los pueblos de la tierra. Hay una escuela normal que provee de profesores, y un seminario para los que se dedican á la carrera eclesiástica. La universidad protestante solo es frecuentada por un reducido número de discípulos, porque los protestantes ricos prefieren educar á sus hijos en sus casas. En fin la ciudad posee cinco grandes colegios y sesenta escuelas elementales, que segun dicen, están mejor sostenidas que las que existen en Francia de la misma clase. Una de ellas está destinada para los niños pobres que aprenden en ella gratuitamente á leer y escribir, la aritmética y el dibujo. Asisten á las otras los hijos de los artesanos en los dias festivos. Crecido número de niñas pertenecientes á familias acomodadas se educan en conventos, pero existe una institucion especial para las hijas de los militares.

Viena posee gran número de institutos de beneficencia, entre los que debemos citar una escuela de sordomudos y la casa imperial de huérfanos. Hay ademas en uno de sus arrabales una casa de correccion y de trabajo para todos los mendigos de la provincia; otra de detencion reservada para los vagos que no son criminales, y se tiene muy buen cuidado de no ponerlos en comunicacion con ellos, como acontece en Francia; por ultimo otra casa semejante está destinada para los jóvenes de clases acomodadas.

Viena es por sus manufacturas, que ocupan á sesenta mil individuos, la ciudad mas importante de la monarquía austriaca. Fabricanse en ella sederías, tejidos

de oro y plata, cintas, cotonias, objetos de quin-calla, instrumentos de matemáticas, agujas, papeles de tapicería, coches escelentes, relojes, instrumentos de música etc. etc. Vense tambien en esta ciudad muchas fábricas de porcelana de las que una sola, la del gobierno, emplea ciento cincuenta pintores y quinientos operarios.

El canal de Neustadt, concluido en 1803 pone á Viena en comunicacion con el Danubio; los barcos suben con el ausilio de esclusas hasta el estanque que hay delante de la casa de ayuntamiento. En 12 de febrero de 1835 se abrió un vasto edificio destinado á la esposicion anual de todos los productos naturales é industriales de los estados austriacos.

Desde la caída del imperio francés, Viena ha recibido grandes mejoras; los arrabales se han aumentado con mas de seiscientas casas, y los viejos soldados franceses que en otro tiempo entraron allí vencedores, apenas conocieran hoy mucha parte de la ciudad. El número de sus habitantes ha subido en proporcion, en cada una de esas casas de la ciudad tan grandes, tan altas y de una arquitectura tan sólida, se apiña una poblacion que habitualmente consta de mas de cuarenta personas; algunas hay que contienen mayor número: la casa Tratner, por ejemplo, está habitada por cuatrocientos inquilinos y produce mas de 156,000 francos; la del antiguo hospital civil de propiedad particular, es una especie de pueblo con diez patios y la habitan mas de doscientas familias, produciendo de renta sobre 1.248,000 rs.

Las fortificaciones interiores que rodean la ciudad propiamente dicha, así como las murallas que forman el circuito de los arrabales, no bastan para hacer de Viena una plaza que pueda ofrecer alguna resistencia. Su guarnicion no pasa de 12,000 hombres. Los franceses han entrado en ella dos veces, pero si esto fuese una humillacion, pocas capitales hay que no la hayan sufrido igual.

A pesar de su importancia, Viena ha visto nacer pocos hombres célebres. Citanse entre ellos algunos escritores que han ilustrado la literatura alemana, el historiador Schrockh, el médico Collin, el poeta Enrique de Collin, J. B. Alxing y el literato Mastalier. Verdad es que hasta ahora parece que las letras y las ciencias no han ofrecido mucho solaz y recreo á las clases ricas de Viena. Las representaciones teatrales no son para ellos mas que un mero pasatiempo, una ociosidad, y su gusto en esta clase de materias está muy lejos de dar la ley en Alemania.

GLORIAS DE ESPAÑA.

Wamba el triunfador.

I

Habiendo muerto el rey godo Recesvinto en el año seiscientos setenta y dos de la era cristiana, ni dejó hijos que heredasen su corona, ni entre sus hermanos se encontró alguno que pudiera dignamente sucederle en el mando. No estaba entonces tan afianzado el derecho hereditario en la sucesion al trono de España, que no sufriese en algunas circunstancias estraordinarias las modificaciones que reclamaba el bien comun, y para que este quedase firmemente asegurado, se necesitaba entonces

en el solio un varon de prendas nada vulgares aunque su estirpe no fuese de sangre real. Hacía falta un hombre con el teson suficiente para llevar á cabo la reforma de leyes y de costumbres, que el rey Recesvinto habia dejado casi en proyecto; para lo cual era preciso que el hombre elegido tuviese el primero las leyes grabadas en el fondo de su corazon por haberlas practicado toda su vida. Los nobles, los poderosos, todos los personajes de mayor influencia en la causa pública y por tanto los mas interesados en la eleccion del nuevo soberano, viendo que los hermanos del difunto rey eran poco á propósito para sucederle en tan espinoso cargo, determinaron unánimemente elegir á Wamba á quien la opinion pública designaba como el varon mas digno de ceñir á su frente la corona. Wamba era hombre principal muy estimado por los reyes que le habian conocido, á los que

habia prestado sus servicios en épocas mas tranquilas; era tan inteligente en las cosas de guerra como en las de paz, y el mayor elogio que de él puede hacerse, es decir que era digno en un todo del cargo importante á que le destinaban. La mayor dificultad consistia en hacersele aceptar, porque Wamba que en algun tiempo habia figurado bastante en la corte, se hallaba en aquella sazón retirado en una de sus posesiones campestres, donde se distraia algunos ratos en la útil ocupacion de la agricultura, y donde habia resuelto pasar los dias que aun le quedasen de vida, desengañado ya á favor de una larga experiencia de lo que valen las grandezas de la tierra.

Los comisionados del pueblo, firmes en su resolucion, fueron á buscar á Wamba á su solitario recinto, apenas resguardado por una endeble tapia por encima de la cual asomaban los arbustos y las ramas de los árboles cargados de una fruta sazónada. Una hermosa calle, cubierta de finísima arena y bordada de césped, les condujo á lo

mas sombrío del vergel. Aquellos hombres profanos al sentir la frescura y puro ambiente de aquel sitio, al respirar el aroma que las flores exhalaban, al escuchar el gorgoeo de las aves, que habian elegido para su morada aquella predilecta mansión, empezaron á comprender que pudiera muy bien haber felicidad lejos de la corte y el mundano bullicio. ¡Tanta es la influencia de las bellezas naturales, tanto lo que alivian las fatigas de ánimo y de cuerpo, que no pudieron menos de sentirla entonces los hombres menos á propósito para ello!

Wamba descansaba junto á una cristalina fuente, mirando complacido como un chorro de agua cristalina bajaba con sordo murmullo á refrigerar sus vegetales. A su lado tenia la azada con que acababa de facilitar el paso á las aguas cuyo curso seguia cuidadoso. Nada es comparable á la sorpresa que le causó la nueva de su eleccion, y mirando con disgusto á los mensajeros, rehusó desde luego la seductora corona que á sus ojos ostentaban,



Ofrecen la corona á Wamba el triunfador.

anunciándoles que preferia la tranquilidad y las delicias de su vida privada á todo el brillo de la soberanía.

—No quiera el cielo, les dijo, que cambie yo esta vida apacible y retirada, donde la práctica constante de la virtud endulzará las penas de mi vejez, por el falso esplendor del trono que ya sé los disgustos y sinsabores que encierra.

No desistieron los enviados de su intento á pesar de la repulsa de Wamba, porque ya la llevaban prevista. Por el contrario insistieron manifestándole que no venian á ofrecerle la corona como un medio de mejorar su situacion y asegurar su felicidad, sino como un sacrificio que era preciso hiciese á la utilidad general.

—No por vos, ni por vuestro engrandecimiento os ofrecemos la corona, le decian, sino por nuestro bien y la prosperidad de la patria que vos solo podeis asegurar; así es que por nuestro amor habeis de aceptarla.

—Para gobernaros á vosotros, replicaba Wamba, era preciso conoceros á fondo, y yo que separado del mundo hace tanto tiempo vivo ausente de la corte, mal me puedo prometer el conocimiento capaz de proporcionaros ese bien que tanto deseais.

Al ver la obstinada repugnancia de Wamba á aceptar el gobierno, uno de los principales mensajeros no quiso que volviesen á instarle, porque habia concebido otro género de argumento tan enérgico como persuasivo. Acercóse á Wamba con aire resuelto y denodado ademan y blandiendo ante sus ojos la espada desnuda le dijo:

—Al filo de esta espada perecerá todo aquel que anteponga su reposo privado á la salud general, y á quien mezquinas consideraciones impidan atender á la salvacion de su patria.

Solo así conoció Wamba cuan tenaz era el empeño de aquellos hombres, y al mismo tiempo cuan lisongera

para él la convicción de los que en él habían fijado su última esperanza. Wamba cedió al fin, abandonó con sentimiento su pacífico asilo para dirigirse á Toledo, donde fué conducido con gran pompa á la iglesia metropolitana. Allí el venerable arzobispo Quirico sucesor de San Ildefonso, le tomó el juramento de gobernar el reino con fidelidad, equidad y justicia. Religiosa ceremonia de que tal vez por aquella época sola nuestra patria presentaba el ejemplo. Después que el nuevo monarca hubo jurado observar el primero las leyes, levantó el arzobispo en ambas manos la riquísima corona de los antiguos reyes godos y la suspendió sobre la cabeza de Wamba que entonces pareció rodeada de celeste y misteriosa aureola, y cuando pronunciadas las palabras del rito la colocó al fin sobre sus sienes á vista de un inmenso pueblo, innumerables gritos de júbilo resonaron en todos los ámbitos del templo.

II.

Acertada fué la elección de los que habían designado á Wamba como el hombre mas á propósito para manejar las riendas del gobierno. No tardó mucho en revelar su talento y grandiosas ideas, así que pudo darlas competente desarrollo en la vasta esfera á que le habían ascendido. La prudencia con que se condujo en el ejercicio de la potestad suprema en aquellos críticos tiempos ha sido intachable y sin embargo no bastó á calmar la inquietud de los descontentos y de los amantes de alborotos. Las reformas que Wamba planteó en todas las clases del estado, si bien eran saludables á la generalidad, no así al interés individual de algunos ambiciosos que al fin se declararon en abierta rebelión: entonces le fué preciso al electo monarca desplegar sus conocimientos en el arte de la guerra. Los contrarios sin embargo no habían osado declararse cerca del sitio donde Wamba residía, temiendo los efectos de su pronta cólera y contando con la distancia como un seguro recurso, fué en la Galia gótica donde primero levantaron la cabeza. Hilperico conde de Nimes, era el jefe natural de aquella empresa á cuyo triunfo había destinado todas sus riquezas, valiéndose además para lograrlo de su crédito é influencia en el país. Pudo este accidente comprometer el nuevo reinado de Wamba, porque Paulo, griego de nación, general ilustre á quien envió sin tardanza á sofocar la insurrección, después de haber tenido secreta inteligencia con los parciales enemigos, se declaró enteramente á su favor. Envanecido con sus primeros triunfos llevó su osadía al extremo de coronarse por rey compitiendo y despreciando al legítimo monarca. Conoció Wamba que era llegada la hora de ponerse en campaña, acudiendo en persona al terminio de los conjurados, y al frente de sus tropas que se pusieron en marcha gustosas, acudilladas por tal príncipe partió á buscar los enemigos. Pacificó al paso la Navarra y Cataluña, donde había cundido también la insurrección y atravesando los Pirineos con un ejército ya victorioso, sujetó varias ciudades y villas de Francia, sin parar hasta poner cerco á Nimes, ciudad fortísima, último asilo de los magnates sublevados.

Obstinada fué la defensa que hicieron amparados por las murallas de aquella ciudad; mas también fué ejemplar el castigo de los rebeldes, porque exasperados los del partido real con tan larga resistencia, cuando al fin entraron en la ciudad lo llevaron todo á sangre y fuego. Con tan célebre conquista no solo quedó ya cimentada una verdadera paz, sino que pudo Wamba ver humillado á sus plantas á Paulo y á veinte caudillos de la sublevación. Favorecido así el monarca por la fortuna, cuando supo que el rey de Francia Chilperico II intentaba venir á repeler lo que él llamaba una invasión hecha en Francia le aborrió parte del camino, y llegando al sitio de donde

no era lícito pasar sin violar la fé de los tratados, esperó por cuatro días en campaña abierta á los contrarios, que no llegaron á corresponder á esta invitación. Hasta los triunfos en los mares, que eran desconocidos en los anales de la gótica monarquía, se lograron en los felices tiempos de Wamba, cuyas fuerzas navales derrotaron una poderosa armada de los sarracenos.

Tan célebres victorias eran dignas del triunfo mas ostentoso, y aquel rey modesto en su origen, pero de grandiosas ideas cuando se trataba de sostener el prestigio del puesto que ocupaba y de ensalzar las glorias de su nación, determinó celebrarlas con una entrada triunfal á manera de las que habían verificado los héroes y emperadores romanos. Toledo, que si no era el lugar de su nacimiento, era por lo menos el de su predilección y el de su opulenta corte, debía ser también el sitio elegido para celebrar su triunfo. Un día entero duró la entrada de las tropas vencedoras en aquella ciudad embellecida por el monarca con obras tan costosas como útiles, y aquel día fué de júbilo para todos. Las calles estaban adornadas, cubiertas de flores y yerbas olorosas y por entre la inmensa muchedumbre que las obstruía, desfilaba la brillante comitiva que empezaba á ordenarse en la vega y subía en magestuosa columna hasta el altar de los reyes. En medio de aquellos veteranos tan notables por su bizarría como por la satisfacción que se pintaba en sus semblantes, iban los prisioneros, los rebeldes á quienes el rey había hecho merced de la vida: pero condenados á perpetua prision. Iban vestidos de sucio ropaje y montados por irrisión en unos camellos para que mejor fuesen el blanco de las miradas y burlas del pueblo. Paulo principal promovedor de la discordia llevaba la cabeza despojada de su cabellera y puesta en ella por escarnio una corona de cuero negro. Después y en medio de toda la gala y magnificencia de su corte se ostentaba sobre un rico carro triunfal el rey Wamba, cuya magestuosa persona se mostraba revestida con sus coturnos y clámide púrpura de los emperadores romanos. Seguían considerable número de banderas, armas y despojos de los vencidos y todo cuanto se juzgó digno de contribuir al engrandecimiento del triunfo. La multitud que se agolpaba ansiosa por todas partes, elevaba sobre el eco de los bélicos instrumentos sus cantos de alegría y sus aplausos de victoria, para ensalzar á aquel rey que en sus hazañas y entrada triunfal emulaba dignamente los celebrados triunfos del Capitolio.

III.

El viento de la noche mecía blandamente los arbolitos plantados al rededor del claustro de la antigua abadía de Pampliega, é introduciéndose después en la iglesia por la entreabierta portada del claustro, hacia también oscilar la llama de varios cirios que ardían al rededor de un fúnebre atahud. La confusa claridad de la luna aunque penetraba por las altas ventanas, no podía bajar hasta el pavimento cuyas losas se hallaban cubiertas por densas sombras. Producíanlas los altos y robustos pilares de sillería que sostenían la bóveda y en los que se reflejaba entonces el amarillo resplandor de las antorchas. En el atahud que alumbraban, yacía un hombre pálido é inmóvil como un cadáver y envuelto en un negro ropaje. Aquel hombre era el rey Wamba; aunque nadie le hubiera conocido en aquel sitio, en aquel traje y despojado además de su barba y su flotante cabellera, símbolo entonces de la nobleza y la soberanía. Un silencio mortuorio reinaba en toda la iglesia, hasta que por la entornada puerta lateral que daba á el claustro, penetró un monge, turbando con el ruido de sus pasos aquel solemne silencio. Era un monge benedictino, anciano y venerable que acercándose lentamente hacia el atahud parecía que iba á tomar posesión anticipada del sitio que en bre-

be debería ocupar; pero su intencion era velar por algun tiempo al difunto, como se inferia del libro del rezo divino que llevaba bajo el brazo. Arrodillóse junto á la tumba permaneciendo un rato en oracion, despues se levantó y acercándose al cadáver no fué dueño de contener su deseo de dirigir la ultima mirada al que antes de ser rey ya fuera su amigo. Al ver tan desfiguradas aquellas nobles facciones y rapada aquella cabeza, donde poco antes se ostentara la corona real, al ver tendido sobre el sepulcro al poderoso triunfador, se convencio mas y mas de cuan ilusorias son las grandezas de la tierra. Poseido de un terror religioso, tomó asiento en las gradas de la tumba y abriendo el libro empezó á recitar fervorosamente sus salmos. Entretanto el supuesto cadáver empezó á moverse.

Si la ponzoñosa bebida que suministró al buen Wamba la perfidia cortesana, fué suficiente para producirle un continuado letargo, durante el cual sus enemigos pudieron lograr sus ambiciosos intentos, no fué suficiente á terminar los dias que aun le quedaban de existencia. Wamba no estaba muerto: en aquel momento volvia en sí y cual si despertara de un profundo sueño, no sabia donde se encontraba ni lo que habia pasado por él. Sentia solo una debilidad extraordinaria y no podia darse razon de sus ideas desconcertadas, hasta que habiendo llevado la mano sobre su frente al encontrarla despojada del cabello, carácter de su soberania, entonces empezó á recordar y á comprender.

No pudo ejecutarse este pequeño movimiento sin llamar la atencion del monge que estaba orando. Sobresaltóse al principio, poniéndose inmediatamente en pié, fijos los ojos en el atahud: pero acudiendo á tranquilizarle su experiencia de largos años que le hacia superior á ridiculas preocupaciones, contuvo los ademanes de viva sorpresa que le causó el ver al rey con los ojos abiertos. Poseido de la mayor alegría se arrojó sobre el atahud exclamando:

—¡Señor!.... ¡Señor!

Quiso Wamba incorporarse; pero estaba tan débil que no pudo verificarlo, por lo que el anciano abrazándose con él le ayudó á levantar diciéndole:

—¡Oh! no habeis muerto, rey mio! No: vos no debiais morir tan pronto.

—¡Morir!.... ¿Yo?

Esta fué la única contestacion de Wamba, y las palabras del monge, y el aspecto funebre de cuanto le rodeaba, fueron para él un rayo de luz que le hizo comprender perfectamente su posicion. No dudando ya de que le habian querido enterrar vivo, se dejó caer casi des-

mayado, y en medio del terror que esta idea le infundia, aun pudo entregarse á una profunda meditacion. Toda su vida pasada se le representaba entonces, deslizandose rapidos los sucesos á su vista desde que le sacaron de su humilde mansion para subir al trono, hasta que desde ese mismo trono le habian lanzado á la tumba. Acordóse del dia de su coronacion, de los de sus conquistas, de sus vitorias, y de la humillacion de sus enemigos y de su ultimo triunfo en Toledo, y al verse entonces tendido sobre aquel lecho de muerte, conoció toda la importancia de tan grande y terrible leccion y cobró ánimo para saber aprovecharla.

Entre tanto el buen religioso habia cuidado de apartar todo lo posible cuantos objetos funebres pudieran afectar la vista de su recuperado soberano. Quiso llevarse en sus brazos, mas no fiándose de sus escasas fuerzas para tanto empeño, así que vió al rey mas restablecido y animoso le dijo:

—Salgamos de aquí.

—Si: ayudame á bajar.

Y Wamba sostenido por el monge, bajó de la tumba y llegó paso á paso hasta el mediodía de la iglesia. Allí se detuvo para decir á su compañero con tono solemne:

—No me niegues la verdad de lo que voy á preguntarte. ¿Ha circulado ya por toda España la noticia de mi muerte?

—Si señor.

—¿Para qué habia yo sido trasportado á este sitio?

—Para que se os diese sepultura.

—¿Quien se sienta ya en el trono que yo ocupaba?

—Ervigio... y aun dicen que vos en el primer acceso de vuestro mal le habeis autorizado para ello.

—¡Ojala sea feliz! Yo bendigo la Providencia divina.

Siguió Wamba caminando en silencio, caida la cabeza sobre el pecho y apoyado en el religioso, hasta que salieron al claustro de la abadía. La frescura de la noche reanimó algun tanto á Wamba que levantó los ojos al cielo, donde la luna brillaba en todo su esplendor. Entonces cediendo á una inspiracion repentina ó realizando el designio que ya llevaba premeditado, cayó de rodillas delante del monge, diciéndole con entusiasmo:

—Padre mio, este hábito que me han puesto para que fuese mi mortaja, será mi vestidura en los dias que el cielo aun me concede de vida. Que nadie se atreva á desmentir la noticia de mi muerte. Entre vuestros monges viviré solo para Dios, porque desde ahora he muerto para el mundo.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS MORALES.

MARIA.

I.

LA NOCHE EN UN CONVENTO.

Antes de principiar la relacion que vá á seguir, el autor debe manifestar desde luego que en esta ocasion nada refiere que no descansa sobre pruebas escritas, graves y auténticas. El hecho principal de las aventuras que van á desenvolverse á los ojos del lector, aunque poco conocido, se halla confirmado por varios escritores, irreversibles jueces, por su erudicion é imparcialidad.

En apoyo de todo esto puede consultarse al principe

Alejandro Labanoff y su *coleccion de cartas de Maria Stuardo*, edicion de 1859. A esta moderna autoridad puede añadirse la correspondencia de Trogmorton, escrita en 1576, y el testimonio del doctor Lingard, que por su cargo de consejero y limosnero del rey Luis XV debió conocer muchas particularidades sepultadas largo tiempo en el secreto. Ademas cuando publicó su *adicion á las memorias de Castelneau* le fué facil consultar el archivo del convento de Soissons y asegurarse de la realidad de los hechos que el sacerdote é historiador, no ha vacilado en atestiguar como auténticos.

Una sola voz se levanta contra la verdad de estos hechos, la de Gilberto Stuardo en su libro publicado en Londres año de 1782, pero como observa juiciosamente el principe Labanoff, el testimonio de Trogmorton, y de Lingard, personas que estuvieron en posicion de conocer

la verdad, merece mas crédito que la simple protesta escrita doscientos catorce años despues de la principal circunstancia de la historia, cuyos detalles vamos á transcribir.

En 1536 hacia fines de enero ó de febrero, porque los doctos autores que acabamos de enumerar no estan acordados sobre este punto, dos hombres embozados en largas capas, bajaron de un coche que paró á media noche delante de la puerta de la abadia de Nuestra Señora en Soissons.

Uno de estos viajeros dió tan fuerte aldabazo que toda la comunidad se despertó asustada. Mientras que las novicias inclinadas sobre sus camas, se preguntaban en voz baja que significaba semejante visita á tales horas, y la muy noble y muy venerable señora Maria Mowbray, abadesa, se incorporaba en la suya llena de inquietud; la aldaba renovó dos ó tres veces con brutalidad su llamamiento á la vigilancia de la hermana tornera. Esta, toda asustada, sin esperar á que la llamase el pito de plata de la superiora, entró precipitadamente en la celda de la abadesa.

—Madre, exclamó, van á romper las puertas del convento. Mi dulce Salvador Jesus, ¿que desgracia nos amenaza?

—Ninguna, dijo la abadesa. ¿No hace un año que la villa de Soissons pertenece al rey de Francia, que le debe ayuda y proteccion? (1).

En seguida se levantó precipitadamente de su cama, vistiéndose deprisa, cubrió con el velo sacramental su cabeza septuagenaria y bajó aceleradamente en compañía de la tornera, porque los aldabazos se redoblaban con mas fuerza.

—¿Quien llama así y á semejante hora? preguntó la abadesa.

—¿Quieren vds. abrimos! replicó una voz gruesa acompañando á estas palabras con un voto soldadesco que tenia algo de blasfemo. Necesito hablar ahora mismo á la abadesa de este convento.

—La señora abadesa está aquí conmigo, dijo la voz trémula de la tornera.

El tono grosero del que gritaba detrás de la puerta se endulzó un poco y pronunció algunas palabras en lengua estrangera.

—¡Dios mio! exclamó la abadesa con estremada turbacion, abrid pronto, hermana tornera, daos prisa!

Y como para dar todavia mas prontitud á los esfuerzos de la religiosa que se apresuraba en correr los cerrojos y dar vuelta á las llaves, le repetía:

—¡Abrid! abrid! en nombre de nuestro Salvador!

Desembarazada la puerta de los innumerables cerrojos de hierro que la tenian cerrada, se abrió y dejó entrar á los dos desconocidos.

—Tomad este depósito que me han encargado que os entregue, dijo uno de ellos.

—Y yo os doy la carta que acompaña á este depósito, añadió el otro.

—¡Un depósito! á mí! ¿de donde viene? preguntó la madre estupefacta.

—Un noble señor lo ha confiado á nuestro honor haciéndonos responsables de él con nuestra cabeza, respondió el menos grosero de los dos conocidos.

Despues depositando á los pies de la abadesa, mientras que esta tomaba la carta, un envoltorio de regular tamaño, saludaron profundamente, salieron y cerraron la puerta detrás de ellos. Pronto se oyó el ruido de los dos caballos que partieron al galope.

—Las mugeres se miraron con sorpresa, pero sin vers, porque la corriente de aire producida por la puerta, cerrada bruscamente, habia apagado la linterna de

la tornera, en tanto que la superiora principiaba á abrir la carta entregada con tanto misterio.

—Cerrar la puerta, hermana, dijo la abadesa, tomad el envoltorio que nos han dejado esos desconocidos y llevadlo á mi celda.

Mientras que la vieja religiosa se esforzaba por llegar á tientas á la escalera que conducia á su celda, la tornera se bajó para obedecer la órden que acababa de recibir, y sus manos buscaron el paquete depositado allí, sobre las losas del claustro. En la oscuridad tropezó su pie con el envoltorio y salió de él un vajido de recién nacido. A este ruido la abadesa lanzó un grito lleno de sorpresa y espanto. Por lo que hace á la tornera creyó morirse de miedo: indudablemente la hubiera conternado menos la aparicion de Satanás en persona.

—Señora, balbuceó, porque la voz rehusaba salir de su garganta, señora! ¡Dios mio, tened piedad de nosotras!

Y acompañó estas palabras de espanto persignándose dos veces seguidas. El exorcismo, lejos de calmar los gritos de la criatura, no hizo mas que redoblarlos.

—¿Qué será? ¿Qué haremos?

—Callar y seguirme, interrumpió la abadesa con tono imperioso levantando del suelo el misterioso envoltorio.

La madre puso su mano sobre la boca del niño y atravesó rápidamente el claustro. Al entrar en su celda se precipitó hacia una luz y abrió la carta que le habian entregado los viajeros. Apenas sus ojos principiaron á leer cuando se inundaron de lágrimas y tuvo que enjugárselos para poder acabar.

—Hermana tornera, este niño es un depósito precioso y sagrado que nos han confiado. Demos gracias á Dios porque nos ha escogido para egercer una obra de misericordia. Esto es todo lo que puedo deciros del mas solemne de los secretos que jamás han sido confiados á mi vieja experiencia. Id á buscar en los establos la leche necesaria para apagar la sed que obliga á este ángel á dar gritos dolorosos. Desde que amanezca, nos ocuparemos de los medios de buscarle una nodriza, porque es menester que esta niña no salga del recinto del claustro de Nuestra Señora. Debe crecer y tal vez vivir y morir á la sombra de nuestras paredes protectoras y santas.

Todas las ideas de la tornera se hallaban en desarreglo, y á pesar de su gran deseo de adivinar el misterio, nada comprendía de cuanto pasaba á sus ojos, ni aun de lo que oía y ejecutaba. Al ir á la vaqueriza en busca de leche para un niño, se preguntaba si soñaba ó si realmente estaba despierta. Luego que hizo levantar á los vaqueros, no menos asombrados que ella de verse á semejante hora interrumpidos en su sueño por órden de la abadesa y para ordeñar las vacas, volvió con la leche tibia á la celda. La superiora mecía sobre sus rodillas á la niña, como lo hubiera hecho la madre mas tierna, y murmuraba un aire de cántico á manera de cancion, para apaciguar á la infatigable gritadora. La leche tibia obró mejor que el canto sagrado: la niña bebió con avidez y no tardó en dormirse sobre las rodillas de la abadesa que no se atrevia á hacer movimiento alguno temiendo despertarla y permaneciendo así inmóvil hasta que las campanas tocaron á maitines. Entonces depositó dulcemente la tierna niña en su cama, y sin reparar en el extraño contraste que ofrecia un recién nacido dormido sobre el lecho virginal de una religiosa, se dirigió al coro, donde se hizo notar mucho menos por el fervor de sus oraciones que por la prontitud con que dirigia el oficio de la mañana. Terminado este oficio volvióse á su celda con toda la viveza de sus viejas piernas, que parecian haber hallado algo de la vivacidad de la juventud. Por fortuna la niña dormia todavia en un profundo y dulce sueño: sus labios sonrosados se agitaban dulcemente, como si continuáran bebiendo la leche que aca-

(1) En 1536 la parte del condado de Soissons que Maria de Courcy, hija de Enzuerand, habia vendido en 1403 al duque de Orleans, se incorporó de nuevo á la corona.

baba de mitigar su hambre y había en sus grandes parados cerrados cierta gracia que conmovió á la vieja religiosa é inspiró algo de maternal á su corazón habituado hacia mucho tiempo á los austeras indiferencias del ascetismo. Lejos de tratar de combatir un sentimiento tan dulce y tan nuevo, entregóse por el contrario sin reserva y gusto á una alegría indecible al verse protectora de aquel pobre ser abandonado sobre la tierra. Con una inteligencia que no debía esperarse de una mujer educada en un claustro desde su mas tierna infancia y que había visto consumirse allí lentamente sesenta años de su vida, dió las órdenes necesarias para que los cuidados que habían de prodigarse á la niña fuesen esmerados y bajo su inmediata vigilancia. Por un egoismo de ternura que ciertas afecciones de mujer comprenden solamente, no quiso encargar á una nodriza la educación de aquella niña de quien la divina Providencia la había hecho madre immaculada, y resolvió que una cabra continuase el oficio comenzado ya en la noche por las vacas. Ella misma fué á elegir entre el rebaño la mas joven, la mas blanca y la mas linda, y lo hizo colocar en un establo que se formó lo mas cerca posible de la celda abacial: en fin, con un instinto que todo lo preveía y comprendía, dispuso lo necesario al cuidado de su hija adoptiva y á la vigilancia personal é inmediata que quería ejercer sobre ella. Una madre no lo hubiera hecho mejor que la abadesa.

Mientras ella se ocupaba de todos esos diferentes cuidados, las demas monjas formaban mil conjeturas sobre el ruidoso suceso de la noche y las aventuras de la mañana. La abadesa no tomaba ni había tomado la menor precaucion para disimular la llegada de una criatura recién nacida á la comunidad de que era superior. La única cosa que reservó fué el origen de aquella niña: era, pues, necesario atenderse sobre el particular á suposiciones generales y á las incesantes preguntas dirigidas á la tornera. Pero era menester entregarse con precaucion á estas pesquisas, porque la abadesa no confiaba sus secretos á nadie, ni quería que se ocupasen de ellos. Enabecida la tornera con la importancia que la daba aquella aventura y encantada al verse siendo el objeto de la atención general, contaba á quien quería oírta hasta en sus menores detalles, y aun mucho mas, las circunstancias de la llegada de los desconocidos, la carta misteriosa y la manera extraña con que habían entregado la niña á la abadesa. En tanto que rodeada de un grupo de novicias principiaba por la sétima ú octava vez su inagotable narración, la madre Mowbray se presentó de improviso y turbó inesperadamente al auditorio y á la oradora.

—Hermana tornera, dijo la superiora con el tono frio y sin réplica con que solía hablar á sus ovejas, retiraos á vuestra celda, donde recitareis veinte veces el *Miserere mei Deus* de rodillas y los brazos en cruz. Hareis uso de vuestra disciplina á cada salmo. Hermanas novicias, os impondreis la misma penitencia, id y rogad á Dios que modere en lo sucesivo la intemperancia de vuestra lengua así como el fervor de vuestra curiosidad.

La tornera y las novicias se retiraron confusas y conternuadas á sus celdas, donde cumplieron el rudo castigo que les había impuesto la abadesa y que les valía su curiosidad. La noticia de la manera que la superiora empleaba para corregir la indiscrecion, no tardó en propagarse por el claustro é hizo las conversaciones y conjeturas si no menos vivas, al menos mas reservadas.

Si la abadesa no permitía que se ocupasen del origen de su tierna protegida, en cambio dejaba á las hermanas prodigar sus caricias y sus cuidados á la niña, que recibía solemnemente el bautismo de manos de monseñor el obispo de Leon en persona.

La abadesa tuvo á la niña en la pila con don Gerónimo Mac Mahon, viejo benedictino, su confesor. Estas tres solas personas tuvieron conocimiento de la redacción de la partida de bautismo, escrita de mano del prelado,

que la guardó con otros papeles en una caja de oro sellada con su sello, depositandola despues en un parage seguro y solo de él conocido. La niña fué puesta por su padrino y por su madrina bajo la invocación de Nuestra Señora, protectora de la abadía, y llevó en adelante el nombre de Maria.

Diez y nueve años transcurrieron, al cabo de los cuales la abadesa permaneció sola dueña de su secreto, porque el obispo había muerto así como tambien el viejo benedictino: en todo este tiempo no cesó de velar sobre su pupila con la solicitud de una madre. Quiso que su educación fuese mucho mas esmerada que la que entonces se daba á las jóvenes, nada indicaba en ella la intención de destinar á su ahijada á tomar el velo en la abadía de Nuestra Señora. Lejos de esto la daba consejos sobre la conducta que debía observar un dia en el mundo y aun dejaba entrever muchas veces que altos destinos estaban reservados á la niña.

Como quiera que sea, Maria llevó desde el dia de su bautismo el traje de las novicias de la abadía de Nuestra Señora. Su hermosura era estremada; nada puede dar mejor idea de la pureza de sus facciones y de la gracia de toda su persona, que aquellas palabras de Brantome las cuales parecen escritas expresamente para ella:

«La blancura de su rostro apostaba con la blancura de su velo á quien podía mas, pero el artificio de su velo perdía la apuesta y la nieve de su blanco rostro eclipsaba á la otra. Tenia aun la perfección de la voz muy dulce y muy buena.»

De este modo, á escepción de algunas religiosas enemigas de la superiora, todas la amaban y la adoraban en el convento y ninguna de ellas la tuvo envidia por el favor que aquella le dispensaba. Sin darse cuenta de los motivos de esta opinión, habíanse acostumbrado á mirar á Maria como una persona superior por su rango á todos los miembros de la comunidad, y á la cual debían tributar toda clase de miramientos y hasta respetuosa veneración.

Maria pasaba una vida dulce y llena de serenidad. Algunas veces se atrevió á preguntar á la abadesa sobre los misterios de su nacimiento, pero esta la prohibió dulcemente que no tratase de penetrar secretos que las circunstancias no la permitían aun revelar. La joven se resignó, y no volvió á hacer mas preguntas; solo algunas veces se la veía vagar triste y pensativa en los jardines y bajo los espesos arboles de la abadía, pero una palabra de su madrina bastaba casi siempre para volverla á la alegría y á sus juegos con las novicias.

Por lo demas ella sobresalía siempre en todos los ejercicios por la flexible gracia de sus menores movimientos y por su loca travesura de niña que sabe cuanto la amam. Jamás abusó de la predilección que se la tenia y solo empleó su influencia para con su madrina en obtener el perdón de alguna ligera falta cometida por una novicia.

A fines del año 1587 la abadesa de Nuestra Señora de Soissons cayó en una melancolía profunda. Recibía continuamente cartas, las cuales parecían que acrecentaban su dolor. En fin, á pesar de su avanzada edad, emprendió un viage que duró tres meses: su pesar, lejos de disminuirse á la vuelta, no hizo mas que contraer un carácter mas grave, y mas amargo. Pasaba los dias y las noches al pié del altar y entregabase á los mas duros ejercicios de la penitencia invitando continuamente á Maria á que orase á su lado y mezclase sus plegarias á las suyas.

—Orad, decia, orad, hija mia, porque Dios para desarrollar su cólera, necesita las súplicas de un ángel inocente y puro como vos! Orad, Maria, orad, porque una gran desgracia amenaza á la mas digna y santa de las mugeres! Si la cólera celeste no se apacigua, vá á cometerse un gran crimen sin ejemplo.

A fines de febrero recibió la abadesa otra carta. La noticia que contenía esta misiva produjo en la anciana religiosa tan fatal impresion que cayó sin conocimiento al leerla. Cuando volvió á la vida, su razon pareció algunos instantes estraviada. Decía palabras incoherentes y sus labios octogenarios que habian proferido siempre alabanzas á Dios, se contrajeron fuertemente para no dejar exhalar quejas contra el rigor divino. Lágrimas abundantes pusieron tregua á aquella crisis, merced á la llegada de María, que provocó con su presencia el llanto de la abadesa, arrojándose en sus brazos y estrechándola violentamente contra su pecho.

—¡Niña mia, la dijo, llora porque el crimen se ha ejecutado! ¡Llora, porque la reina Isabel acaba de hacer asesinar á su hermana, la reina María Stuarda!

—¿Y qué es eso de la reina María Stuarda y la reina Isabel? preguntó María sorprendida, pues por primera vez llegaban á sus oídos aquellos nombres en el retiro del claustro de donde jamás habia salido.

—La una es víctima, la otra verdugo, replicó la abadesa. La una es una mártir, la otra una herege. Rogad á Dios, hija mia, para que la misericordia divina reciba á la una en su seno y perdone á la otra y le dé el arrepentimiento de su inaudita maldad.

—¡Orad, hija mia, orad, porque principian dias de luto y de desgracia! ¡orad porque la mano del señor se ha estendido sobre Escocia, mi patria; orad, la sangre corre! ¡La guerra civil ruge y los hijos dejan matar á su madre sin sacar sus espadas para defenderla! ¡Orad, porque es menester que corazones puros desarmen la cólera celestial! ¡Orad, porque hay pobres huérfanas abandonadas, solas sobre la tierra, sin proteccion y sin apoyo!

¡Al dia siguiente se celebró en la abadia de Nuestra Señora de Soissons, como en todos los conventos de Francia un oficio fúnebre por el descanso del alma de María Stuarda, reina de Escocia. María oró con mas fervor quizá que el que tenia de costumbre, porque sabia que su madrina era escocesa y habia visto el dolor que la habia causado la noticia de la muerte de la régia mártir.

II.

LA ESPULSION.

Desde su fatal viage, y principalmente desde que supo la muerte de la reina de Escocia, la abadesa de Nuestra Señora de Soissons se encorbaba rápidamente bajo los achaques de la caducidad, que parecian haberla respetado hasta entonces á pesar de sus ochenta años. Su frente apareció señalada con surcos mas profundos; se apagó el brillo de sus ojos, un temblor convulsivo hizo débiles y torpes sus manos, y su voz, antestán clara y sonora, solo pronunciaba palabras ininteligibles. Pronto necesitó que la llevarán al coro, á la hora de los oficios, porque sus piernas paralizadas se negaban á todo movimiento. Solas su alta inteligencia y su infatigable actividad de espíritu conservaron su poder y su fuerza. Gobernaba como en tiempos pasados el convento con su voluntad firme, y tal vez manifestaba mas energía que otras veces contra todo lo que pudiera aparecer una tentativa de invasion á su poder absoluto. Una hermana priora, de gran influencia en la comunidad y que ligada por su nacimiento á la familia real, creia poder prescindir en algunos puntos insignificantes de la rigurosa observancia de la regla, fué reprendida por la abadesa, que le dirigió una amonestacion severa y publica. María no se ocupaba de otra cosa que de recibir y llevar las órdenes de la superiora á las religiosas del convento, porque María habia llegado á ser el ayudante de campo de su madrina y su enfermera, velando á su lado de dia y noche y prodigándole los cuidados de una ternura filial. ¡Ay! estos cuidados no pudieron vencer los progresos de la enfermedad ni calmar el

dolor profundo que devoraba á su bienhechora: frecuentemente al mirar la vieja religiosa á su ahijada se deshacía en lagrimas y se entregaba á la desesperacion. Estrechábala contra su pecho, cubría de besos su frente é invocaba para aquella inocente niña la misericordia de Dios. Estado tan violento no tardó en gastar la poca fuerza y existencia que quedaba á la octogenaria y un dia la dijo el médico de la abadia despues de haber pasado media hora estudiando los sintomas de su mal:

—Madre abadesa, siempre me he encomendado á vuestras oraciones en este mundo; espero que no me olvidareis y que continuareis vuestra intercesion mañana á los pies de Dios.

La abadesa miró al médico con viva emocion.

—¡Luego no me engañaba! respondió la enferma. ¡Dios mio! es preciso que abandone á la huérfana que no tiene mas apoyo que yo sobre la tierra. ¡María! mandad que venga María! Necesito hablarla ahora mismo.

La huérfana que segun costumbre estaba en la pieza inmediata, acudió al punto.

—Hija mia, la dijo la vieja religiosa con una viva agitacion, hija mia, es menester que tomes el velo hoy, ahora mismo! Es menester que pronuncies tus votos. Muchas veces te he dicho que no estabas destinada á la vida del claustro y me he opuesto á tus deseos cuando me suplicas que te dejase tomar el hábito. Ahora soy yo quien te suplica que lo hagas, quien te lo manda en caso de necesidad... ¡Dios mio! dejadme vivir hasta que termine esta ceremonia, hasta que la huérfana tenga un asilo seguro! Que vayan á buscar á monseñor el obispo; jen nombre de Cristo y de su salvacion que venga inmediatamente!

Su agitacion continuó aumentándose mientras ejecutaban sus órdenes y fueron á buscar al prelado. Este tan pronto como conoció el peligro de la abadesa y el ardiente deseo que tenia de verle, se apresuró á ir, y la encontró casi en el delirio de una fiebre ardiente.

—¡Monseñor! exclamó ella cuando lo vió, jen nombre del cielo, dad el velo á sor María! Que sea religiosa de Nuestra Señora de Soissons antes de que yo muera. Si comparezco en la presencia de Dios antes que se verifique, me pedirá severa cuenta de haberme entregado á esperanzas insensatas y de no haber abrigado á esta pobre huérfana en la casa de Dios.

—Hermana, yo os prometo cuidar que se lleve á efecto la suprema voluntad que manifestais, pero una toma de hábito no se improvisa.

—Por la salvacion de una alma cristiana en peligro, monseñor, si, por mi salvacion, haced lo que os pido, porque participareis de la terrible responsabilidad de mi falta.

Al decir esto levantó los ojos al cielo con desesperacion, se encendieron sus mejillas y brillaron sus ojos con una luz estraña.

—Esa jóven, preguntó el obispo, reúne todas las cualidades necesarias para ser admitida entre las religiosas de la abadia de Nuestra Señora de Soissons? ¿Es de nacimiento legitimo? ¿Desciende de noble familia? ¿Trae una dote de doce mil libras?

—La dote está allí, replicó la abadesa señalando el tesoro de la comunidad depositado en su celda. Por lo que hace á la nobleza y á la legitimidad de su nacimiento, no lo hay mas puro ni mas ilustre.

—¿Y las pruebas?

—¡Las pruebas! repitió la abadesa pasando sus manos descarnadas por su abrasada frente. ¡Las pruebas! ¿Dónde están? ¿Quién es el poseedor de ellas?

Estuvo recordando por mucho tiempo, entre las ansias de la muerte que ya paralizaba su memoria. Nada podia recordar y casi se desesperaba, cuando de improviso dió un grito.

—¡Ah! Dios mio, gracias por haberme vuelto la me-



morial! El obispo..... monseñor.... el obispo vuestro predecesor.... yo se las he entregado en depósito. Que todos salgan, que solo vos y Maria sepais el secreto de su nacimiento. Acercáos, yo os le confiaré tambien; pero bajito y al oído, porque es un secreto de vida y de muerte. ¡Habria veneno y puñales contra ella si se supiese!... Es la hija de.... es la hija de...

El obispo y Maria se inclinaron para escuchar. Maria iba en fin á saber el nombre de su madre; mas ¡ah! los labios de la agonizante no proferian mas que sonidos ininteligibles.... Su cabeza cayó sobre la almohada, sus párpados se cerraron, se escuchó un ligero estertor y el cadáver quedó inmóvil por toda la eternidad.

Maria se hincó de rodillas, y el obispo rezó la recomendacion del alma, de pié y con las manos extendidas sobre el cuerpo inanimado. Cuando terminó su lugubre ministerio se volvió hacia Maria, para decirle:

—No temais, hija mia, que no olvidaré el interés que se tomaba por vos, la que Dios acaba de recibir en su seno, y la última voluntad que ha espresado respecto de vos. Voy á registrar los papeles de mi antecesor en esta diócesis, y espero que no habrá obstáculo á que entreis pronto en la religion. Las pruebas de vuestro nacimiento legitimo son tan necesarias, cuanto que sin ellas no podreis tomar el velo en ningun convento sin dispensa del santo padre, y el soberano pontífice no concede este favor mas que con extrema reserva y solo cuando se trata de una persona de estirpe real.

Maria apenas le entendió porque estaba rezando bañada en lágrimas y puesta de rodillas al pié del lecho de su bienhechora.

De vuelta en su palacio episcopal, el obispo, fiel á su promesa, registró por si mismo los papeles y titulos que su predecesor habia depositado en los archivos de la diócesis. En un mes de laboriosas investigaciones, nada pudo descubrir relativo á Maria y como el anciano capellán, su padrino, habia muerto ya hacia tiempo, el obispo se encontró en una perplejidad terrible. Bien conocia que la difunta abadesa no hubiera experimentado tantas angustias por una persona de origen vulgar. Las últimas palabras de la moribunda le habia dejado entrever que Maria era vástago de alguna ilustre familia; pero tan incompletos indicios no le bastaban para cumplir con el ri-

gor de los cánones eclesiásticos: resolvió, pues, consultar á la nueva abadesa de Nuestra Señora de Soissons. Precisamente habian elegido á la priora á quien la abadesa habia severamente reprendido antes de su muerte, la que sin poderlo remediar conservaba un sentimiento de amargura y aversion contra la protegida de la difunta. Discutió con severidad y rigor la cuestion que le presentaba el obispo y le demostró que el testimonio verbal de la abadesa difunta, por respetable y digno de crédito que fuese, no podia remplazar á las pruebas escritas de nobleza y legitimidad que exigian la regla de la órden y los cánones de la iglesia.—Aun si la abadesa hubiera nombrado al padre y madre de esa jóven; pero no ha articulado mas que alguna vagas palabras entre las convulsiones de la fiebre y de la agonía. Creedme, monseñor, tengamos resolucion para cumplir hasta lo último y por completo los deberes que nos están impuestos. Nadie padecerá mas que yo, por la infraccion cometida, hace veinte años, en el convento de nuestra señora, por la presencia de una estrangera.

—¿Y qué! preguntó el obispo, ¿tendrais intencion de despedir á la jóven Maria del convento en que habita desde que nació?

—Monseñor, al recibir de vuestras manos la investidura del titulo de abadesa, he jurado respetar y hacer respetar la regla del convento que gobierno con peligro de mi conciencia. La presencia de una estrangera aqui, es contra la regla y acarrea graves inconvenientes.

—¿Y qué quereis que se haga esta pobre criatura, ignorante del mundo y cuya vida se ha pasado dentro de un cláustro, sin contacto alguno con las cosas de la vida real?

—Monseñor la colocará en otro convento.

—¿Con que vos, dijo el obispo con severidad, me aconsejais que infrinja en otras religiosas las reglas cuya ejecucion tan rigurosamente reclamais para este convento...?

—Monseñor ejecutará lo que tenga por mas conveniente: no es á una humilde religiosa á quien pertenece darle consejos. Yo cumplo con mi deber, pido la observancia rigurosa de la regla de la órden, pongo término á los abusos fatales para la disciplina del convento. Aqui concluye cuanto mi conciencia me prescribe.

Satió, saludando con respeto al obispo, que se quedó solo, descontento y perplejo, porque la nueva abadesa estaba en el lleno de sus derechos y no hacía mas que cumplir su deber con severidad. Triste é indeciso fué á dar á Maria estas malas noticias.

La jóven se hallaba en aquel momento de rodillas en el coro, cerca de la losa sepulcral que cubria el atahud de su bienhechora. Al ver al obispo corrió hacia él llena de esperanza, mas en cuanto fijó la vista en el místico semblante del prelado todo lo comprendió.

—¿Nada habeis hallado entre los papeles del obispo vuestro antecesor?

El prelado bajó la cabeza por toda respuesta.

—¿Así, no podré tomar el velo y consagrar mi vida á Dios! Cúmplase su voluntad divina. Me queda el doloroso consuelo de pasar mi vida rezando y llorando sobre el sepulcro de mi bienhechora.

—¡Ah hija mia, ni aun esa triste felicidad os dejan! La regla de la abadía de Nuestra Señora de Soissons, prohibe que se reciban en el claustro mas pensionistas que las destinadas á tomar el velo.

Maria lanzó un grito de terror.

—¡Me despiden! exclamó; ¡Oh Dios mio, Dios mio, me despiden!

El obispo quiso cogerla de la mano; pero ella le rechazó.

—¡Me despiden! volvió á decir. Lo ois, bienhechora mia, lo ois, santa muger, y no pedis á Dios que me llame á vuestro lado! Me echan á la calle! Y qué queréis, monseñor, que sea de mí en un mundo que no conozco y cuyos padecimientos y miserias ni aun sé de oídas? ¡Sin protector, sin asilo, sin pantal vez! ¡Oh Dios mio! Dios mio, tened compasion de mí y haced que muera!

—No os entreguéis á la desesperacion, dijo el obispo profundamente compadecido; hallareis un asilo en mi casa; yo soy muy viejo y pocos dias me quedan de vida, pero sabré dejaros despues de mi muerte á cubierto de las asechanzas y peligros del mundo. Vamos, hija mia, seguidme y poned termino á tan dolorosas emociones, abandonando este recinto.

Ya se la iba trayendo suavemente, cuando se le escapó para irse á poner de rodillas sobre la tumba de su madrina.

—¡Adios! exclamaba; ¡adios! madre mia, adios la que tan cariñosamente me ha sostenido en mi juventud! vos que me ofreciais á vuestro lado una existencia tan dulce y tan pura! adios! me despiden de este claustro: me prohiben el venir á orar sobre esta losa. Me despiden madre mia, me echan á la calle! ¡Oh! vos no escuchais mis quejas y mis suspiros! ¡Vos no velais sobre mí! Vos ya no me amais, cuando vivo todavia antes de salir de este convento del que me arrojan.

El obispo la sacó fuera de la iglesia, la hizo subir á su lado en la litera que le esperaba á la puerta de la abadía y la condujo al palacio episcopal.

El obispo de Soissons, como ya se ha podido ver en el coloquio que tuvo con la nueva abadesa de Nuestra Señora acerca de la huérfana, era un anciano dotado mas de caridad que de firmeza de carácter. Habituado hacia largo tiempo á las libres y brillantes costumbres de la corte de Francia, no hacía mas que cinco ó seis años que habia venido á residir en su diócesis donde procuraba espiar por medio de una vida grave y severa los errores de un existencia mundana hasta entonces. Habia traído consigo á su destierro, como él decia, á su hermana la señora Lydoria de Penevent, viuda del conde de este nombre y que habia ejercido sobre su esposo hasta el momento en que pereció de un arcabuzazo delante de Rouen, la autoridad mas absoluta y mas tiránica. Viéndose viuda vino á buscar un asilo junto á su hermano, porque la muerte del conde la dejaba casi sin medios de subsistir, é influyó mucho en la determinacion que tomó el obispo de salir

de la corte para residir en su diócesis. Poco á poco y sin mucho trabajo ni resistencia se apoderó del espíritu de su hermano, conforme se habia apoderado del espíritu del difunto capitan y no gobernó menos imperiosamente, al uno que al otro. Nada se hacia en la casa sin el beneplácito de la señora Lydoria. Siempre vestida de negro desde los pies á la cabeza y la barba engastada en su almidonada valona de viuda, presentaba por costumbre una cara avinagrada y descontenta, gruñía desde la mañana hasta la noche, siempre tenia por que reprender, nunca aprobaba, y ponía en práctica aquel pensamiento de yo no sé que emperador romano: «Que me aborrezcan, con tal que me teman.» En los primeros tiempos de esta dominacion, el obispo acostumbrado á la vida dulce y lisongera de la corte no dejaba de rebelarse de cuando en cuando; mas como era preciso estar en una guerra continua y al cabo y al fin la resistencia de nada aprovechaba, porque la victoria quedaba siempre por su hermana, prefirió al fin una sumision pacífica á una sumision tempestuosa; así á lo menos se ahorraba ruido y fatiga. Por consiguiente la señora Lydoria mandaba á su arbitrio en la casa episcopal, dirigía á los criados, arreglaba los gastos y aun extendía su poder temporal sobre los negocios puramente espirituales. Ella nombraba para los canonicatos, proponía candidatos para los curatos vacantes, é hizo un día tal guerra al obispo por haber escogido un vicario en secreto y sin deliberacion de familia, que el pobre anciano estuvo á punto de perder la cabeza. Hubo ocho dias largos de reconvenciones, gritos y quejas... sin contar con que á la hora de ponerse á la mesa habia que esperar por la comida, sin contar con que el obispo en vano llamaba por la mañana para que le trajesen el desayuno, le era preciso saltar de la cama para ir en persona á buscar al ayuda de cámara ocupado en otra parte por orden de la señora Lydoria. En una palabra el infierno es un paraíso en comparacion de la vida que llevó por una semana el infeliz obispo, vida que no cesó hasta que él halló medio de revocar el nombramiento del vicario y reemplazarle con un protegido de su hermana.

Ahora que se conocen estos detalles se comprenderán los apuros del prelado al acercarse á su casa con la jóvenita. Habia cedido al pronto á los sentimientos de su buen corazon y á la compasion muy natural que le inspiraba el abandono de Maria; pero entonces casi se arrepentia de su accion caritativa, por que sabia que á su hermana no le acomodaria maldiva la cosa, el tener una estrangera consigo, y sobre todo una desconocida cuya admision en el palacio episcopal no habia ella autorizado de antemano.

Cabílab para encontrar algun medio de presentar á su protegida bajo un punto de vista favorable y ninguno le ocurría: á pesar del rigor de la estacion le corria el sudor por la frente y su corazon palpitaba con violencia. Imposible era ya volver atras, la suerte estaba echada y era preciso seguir adelante, fuesen las que quisiesen las consecuencias de su resolucio. Maria habiendo salido ya de la abadía de Nuestra Señora; aunque hubiera querido volver se hubiera encontrado las puertas cerradas irremisiblemente. Se acercaba pues hacia el peligro acusando entre sí á las mulas porque trotaban demasiado aprisa, y conocía que le faltaba el ánimo á medida que iba distinguiendo las ventanas de su casa. Al fin las mulas se pararon, y uno de los dos pajes que seguían detras de la litera vino á correr las cortinas y poner el banquillo por donde se bajaba de esta especie de carruages.

El obispo bajó el primero y por un recuerdo maquinal de la antigua galanteria de su juventud, se quitó su capucha y presentó á Maria el brazo en el que ella se apoyó temblando: así fué como subieron las escaleras del palacio arzobispal de Soissons.

III

QUE NO CONVIENE MIRAR POR LA VENTANA.

No hay cosa que inspire tanta elocuencia y astucia como la necesidad. Al subir las primeras gradas de la escalinata el buen obispo no sabía aun de que modo presentaría á María á la terrible viuda para que tuviese acogida menos terrible; pero á medida que se acercaba á su hermana, y que el peligro era mas inminente, sus ideas confusas y sobresaltadas se iban combinando en términos de sugerirle dos ó tres medios de mejorar la difícil llegada de la jóven. Al poner el pié en el descanso de la escalera ya estaba resuelto á decir á la señora Lydoria que la jóven religiosa no venia á casa mas que interinamente: que él no habia querido decidir de su suerte antes de tomar los buenos consejos de su hermana, y aun se prometia como un medio seguro de obtener buen resultado, el no dejar traslucir sus deseos de conservar á María en su casa, sino llevar el maquiavelismo hasta manifestar repugnancia á esta última determinacion. Este proyecto hubiera sido feliz sin duda alguna, si la fatalidad no hubiera venido á echar á pique los planes del digno prelado. Fué el caso que en el momento en que el page que le precedía abrió la puerta de la señora Lydoria, por aturdimiento ó por torpeza lo hizo tan bruscamente que dió un coscorron y aun descabrió á la irritable viuda que salia á recibir á su hermano.

El page recibió un hofeton aplicado por la mano mas seca que hubo jamas pegada á el brazo de dueña; pero este holocausto de la megilla blanca y sonrosada del bribonzuelo, no bastaba á la cólera y dolor de la enfurecida. Al ver la mirada que dirigió al obispo y á su protegida, conoció aquel que todo estaba perdido, y hubiera querido huir, mas perdió toda su resolución. María tímida como una jovencita que sale del convento por la primera vez de su vida, estaba temblando y con los ojos bajos.

—¡Eh! hermano mio, dijo la viuda á quien la efervescencia de la cólera concedia el don de vista doble, ¿qué significa esto? ¿Nuestra casa debe servir de refugio á todos los vagabundos que os encontréis al paso?

—Hermana mia, contestó el obispo entre dientes y sin saber lo que decia, si vos la abandonais, ¿qué será de esta pobre muchacha?

—¿Y quién es esta pobre muchacha? preguntó la gruhona señora.

El obispo le contó en pocas palabras la historia de María.

—¡No faltaba mas que una bastarda en casa! interrumpió la viuda. Por santa Lydoria mi patrona, ya la tenemos aqui! Dios quiera que no sea causa de escándalo y que no vengán á revelar á vuestros diocesanos las faltas de su obispo.

—¡Vaya! hermana, ¡vaya! dijo el prelado con enojo, tales palabras no debian salir de vuestros labios! y delante de las gentes de mi casa! ¡delante de esta jóven!

—Ya vereis como esta jóven, que ya me cuesta un sermónico vuestro, concluye por echarme ella misma! Echadme á mí y ponedla en mi lugar: si ha de ser cuanto antes mejor.

María que estaba horando á lágrima viva se arrojó á los pies de la señora Lydoria.

—Señora, exclamó, me hallo sin asilo, sin guia, sin apoyo, ¡sola en el mundo! Salgo de un convento del que me arrojan y en el que habia entrado casi el dia de mi nacimiento; pero antes de causar disgusto á monseñor, antes de escitar vuestra indignacion, quiero mas salir de esta casa: ¡prefiero morir!

La señora Lydoria queria satisfacer su deseo de chiflar; pero no cometer una mala accion, la desesperacion de María la conmovió tanto mas cuanto que el dolor de

la herida de la cabeza ya se habia enteramente disipado.

—Vamos niña, dijo ella, que no se trata de echar la sogá tras el caldero! No quiero yo que digan en Soissons que echo yo del palacio episcopal á los que mi hermano concede hospitalidad. Aqui hallareis un asilo, hasta que nosotros dos hayamos determinado lo que hay que hacer con vos. Seguidme y dejad lágrimas y sollozos que para nada sirven.

Acostumbrada á las tiernas caricias y á la solicitud maternal de la abadesa su madrina, cuando María perdió el unico afecto que conservaba en el mundo, no habia hallado á lo menos en el convento, mas que frialdad é indiferencia; pero á visita de la brutal proteccion que le arrojaban como una limosna, sintió que se le oprimia el corazon y retrocediendo delante de tal hospitalidad.

—Id hija mia, la dijo cariñosamente el obispo, seguid á mi hermana.

—¿Qué haceis? Venid! añadió la vieja y cogiendo del brazo á María que se sintió apretada como un gorrion entre las garras del águila, se la llevó á los aposentos interiores.

Habia tanta dulzura, tanta resignacion, y tanta gracia en el carácter de la jóven, que á fuerza de paciencia consiguió ganarse el afecto de la anciana muger y casi hacerse amar de ella; pero Lydoria amaba tambien á su hermano, y se puede conjeturar por las tracaundanas que armaba al digno y pacifico prelado, lo que tendria que sufrir la pobre María. A la menor equivocacion en las órdenes que recibia de la viuda, tenia que sufrir las mas violentas reconvenciones y someterse á descortesces y amargas indirectas sobre su ignorado nacimiento y su pobreza que la ponía á merced de la caridad episcopal. Fuera de esto, casi estaba desempeñando con la viuda el oficio de camarera, no se apartaba de su lado un solo momento y aun por la noche dormia cerca de ella en un gabinetillo. Asi que la señora Lydoria experimentaba el menor insomnio, su voz implacable llamaba á María que no disfrutaba mas reposo ni consuelo que durante su sueño. Tenia que estar de pié derecho á la primera voz da su ama, y venir al instante á sentarse á la cabecera para escuchar su tos y no perder ninguna de sus quejas por la desgracia de no poder dormir, y ponerse á leer las Horas de la buena señora hasta que sus ojos se cerrasen y concluyesen por volverse á dormir. Entonces María cuando estaba bien segura del sueño de la señora Lydoria, se volvía á su cama, teniéndose por dichosa cuando la vieja no la obligaba por segunda vez á empezar con fatigada voz la lectura soporifera de las Horas. ¡Cuidado con que María reprimiese el menor bofetazo! ¡Cuidado con que sus miembros tiritasen con el frio que los penetraba! Cuidado con que bajase la voz y sus ojos se adormeciesen, porque la reprendia al instante con voz inexorable echándola en cara su ingratitud con palabras muy duras y aun insultantes.

La pobre niña sucumbia bajo el peso de tantos padecimientos. Sus megillas poco ha tan frescas y sonrosadas tomaban un color pálido y mate; sus ojos brillaban de un modo extraño y se hundian dejando cavidades con visos plomizos. Jamás la sonrisa entreabria sus labios, ni aun con las buenas palabras que le decia el obispo á escondidas.

A escondidas, porque á la señora de Penevet se le redoblaba el mal humor asi que notaba que la suerte de María, inspiraba compasion.

—¿No parece, decia, sino que yo la hago desgraciada? ¡La trato como á hija propia; no se separa de mí un momento, y tiene una cara tan triste que parece la muger mas digna de lástima que hay en el mundo! ¿Es culpa mia que ella tenga un humor melancólico y un carácter sin expansion? Siempre gasta conmigo la reserva de una estrangera; se estremece al oír mi voz como si yo la causara miedo. Esto es insuportable; pero qué se ha de ha-

cer! es una huérfana que no tiene mas apoyo que yo, y es preciso tener paciencia, porque si yo la abandonara ¿qué sería de ella? Si, María decidlo, que hariais si yo os abandonara, vos que no teneis asilo y pan mas que por mi caridad?

Un año se pasó sin que hubiese mudanza en la penosa situacion de María y sin que una queja ó una reconvenccion saliese de sus labios. Cuando hablaba de su bienhechora, que así llamaba á la señora de Penevent, era en términos respetuosos, y siempre habia impuesto graciosamente silencio á las personas que se compadecian de ella á costa del mal genio de la condesa.

—No me pertenece, les decia, juzgar ni dejar que juzguen á la protectora que me ha recogido. Nunca la pagaré bastante el agradecimiento que la debo. Estos sentimientos eran sinceros y los experimentaba en el fondo de su corazon. ¡Pobre yedra, fragil y mezquina, ceñia con sus delicados lazos la vieja encina que le servia de apoyo, por arrugada que estubiese la corteza de este árbol!

María á pesar de la reserva que guardaba con todos los familiares y dependientes del palacio episcopal, no habia dejado de conciliarse el afecto general por su amabilidad, su benevolencia y su hermosura. La amaban á ella tanto como aborrecian á la señora Lydoria, y estaban á quien mas elogios haria de la huérfanita dentro y fuera del palacio. El obispo la queria como si fuera hija, y se le llenaban los ojos de lágrimas al verla sufrir las mortificaciones del genio maldito de su hermana. Se ingeniaba de mil maneras para proporcionarle algun consuelo sin alarmar á la señora de Penevent; pero esto tenia mala compostura, y mas de una vez por aliviar á la huérfana empeoró su situacion.

El único momento del dia en que María podía disfrutar algun desahogo, era en la hora en que la señora Lydoria, despues de la comida, que segun la costumbre de la época se servia al mediodia, se entregaba á las dulzuras de la siesta, tendida en su lecho de reposo para dormir algunos instantes. María se retiraba entonces á su cuartito, abria la ventana y respiraba un poco de aire puro; porque la condesa no solo tenia por sistema el no salir nunca de su aposento, sino que exigia que las ventanas estubiesen siempre herméticamente cerradas. La claraboya que dejaba entrar la luz en el gabinete de María, daba á una plaza plantada de árboles, y tenia vistas á la derecha al jardín de la casa inmediata, propia del mercader de paños mas rico de Soissons, cuya muestra *del árbol rojo* gozaba de una fama y un crédito sin igual en la ciudad. La vida doméstica de la apacible familia que habitaba en aquella casa, ofrecia por su movimiento un espectáculo lleno de atractivos á la huérfana prisionera. El mercader de paños se llamaba Jehan Pastelot y tenia en su compañía á su madre y su hermana. La primera gobernaba la casa y la segunda ayudaba á su hermano en las tareas de su comercio. Ella era la que contestaba á los compradores, la que media las telas y la que llevaba los asientos de cuenta y razon, maravilla ante la que se extasiaban cuantos venian á comprar á la tienda, porque en aquella época era milagroso que una muchacha supiese leer y escribir; pero Juana habia tenido por maestro á su hermano, y habia aprovechado con prontitud las lecciones del que amaba y respetaba con todo su corazon. Cuando su padre murió no tenia mas que cuatro años y Jehan la prodigó desde aquel dia cuidados paternales y un extremo cariño. Así es que ella no habia tenido mas que un pensamiento, un deseo, un objeto; complacer á su hermano, merecer una sonrisa de Jehan y oirle decir con su voz grave y apacible. —«Eres una buena hermana.»

Reinaba entonces la alegría en la casa, y la señora Pastelot suspendia sus quehaceres domésticos para regocijarse con la buena armonia de sus hijos y participar de

su satisfaccion y su ternura. Todos los dias despues de comer daban un paseo como de media hora en el jardínito que habia á espaldas de la casa. A tales horas no venian parroquianos á el almacen porque todos los vecinos estaban comiendo ó durmiendo, por eso ellos aprovechaban el rato, para que les diese el aire, para charlar alegremente entre si, regar las flores que coloreaban en sus platabandas, ó sentarse bajo un cenador entoldado con las anchas hojas y los dorados racimos de una frondosa parra. Mas de una vez el corazon de María se dilataba al presenciar la dicha que gozaban aquellas tres felices criaturas, y mas de una vez se oprimia tambien pensando que ella no tenia ni madre que la amase, ni hermano que la protegiese. ¡Oh! que no hubiera podido ella, conforme lo hacia aquella jóven, pasar el brazo al rededor la cintura de su hermano, mirarle con grata sonrisa, arrojarle suavemente á la cara, por retozona sorpresa, puñados de hojas de rosa y huir delante de él segura cuando la alcanzase de recibir un beso en la frente! Además qué interesante le parecia poder presentar el brazo á una madre que se apoyaba en él de firme, que bendecia á Dios en voz alta por la alegría que le causaban sus hijos y que nunca tenia para ellos ni una mirada severa ni una palabra áspera. ¡Oh! que á tal precio, de buena gana se hubiera ella sentado detras del mostrador de la tienda y se hubiera estado trabajando todo el dia sin cesar! ¡Cuánto hubiera deseado asociarse á las tareas domésticas de aquella buena anciana! porque todo era felicidad en aquella familia tiernamente unida, así el trabajo como el reposo.

María, pues, pasaba el tiempo de la siesta de la condesa, acechando con envidia las recreaciones de la familia Pastelot. Casi siempre la voz ágría de la vieja venia á arrancarla de aquel risueño espectáculo y le era preciso volver á su vida monótona, sofocante, humillada; le era preciso aguantar todos los caprichos, todas las injusticias y griterias de la señora Lydoria, mas amargas todavía para la jóven por el recuerdo de la paz y felicidad que acababa de presenciar.

Sucedio que un dia Juana corria como una loca para escapar de su hermano cuyos carrillos habia chafarrinado con una gordá cereza de las negras; María para no perder nada de aquella divertida escaramuza, se inclinó sobre la ventana y fué vista por la alegre pareja. Casi avergonzados por verse sorprendidos en aquellas niñerías y mas por persona de casa del obispo, se pararon al instante: Juana encarnada y confusa fué á esconderse bajo el cenador de pámpanos y Jehan fingió mirar con atencion una rosa que descollaba en medio de un rosal. María no menos desconcertada se retiró precipitadamente de la ventana; mas por pronto que lo hizo dió tiempo al nancebo de notar su hermosura y reconocer á la jóven que habia visto hacia poco tiempo en casa del obispo, el dia que fué á llevarle terciopelo para una casulla. La miró con tanta mas atencion, cuanto que María era objeto del interés de toda la ciudad, gracias á las maravillas de dulzura y paciencia que contaban de ella las gentes del palacio episcopal.

María estaba aun escondida detras de la ventana con el corazon palpitante y trémula de emocion, cuando la señora Lydoria, que habia estado llamando á la jóven sin que esta la oyese á causa de su turbacion, llegó caminando de puntillas.

—¿Qué haceis ahí? exclamó triunfante por hallar al fin un motivo verdadero para reñir á María. He aqui el modo que teneis de abusar de mi confianza y como os sabeis aprovechar de mi sueño! Qué es lo que tanto escita vuestra curiosidad en esa ventana?

Se asomó y vió á Jehan solo, porque el empujado ocultaba á su hermana.

—¡Intrigas por la ventana! ¡Inteligencias con un jóven! ¡Virgen santísima! ¡Qué escándalos en casa de un

obispo! ¡Buen modo teneis de agradecer la hospitalidad que os doy! Preciso es que la vieja abadesa que os educó, os haya inculcado á fé mia ideas muy singulares acerca del recato que conviene á las jóvenes. Lo entendeis, semejante estado de cosas no puede durar mucho tiempo. Voy á buscar á monseñor y convenir con él en lo que debemos hacer en tales ocurrencias.

Cuando la señora Lydoria apelaba á su hermano y decia estas fatales palabras: *voy á buscar á Monseñor*, pasando del tono chillón á las notas mas bajas de su voz, era porque se disponia á emplear algun medio violento.

María que tenia esto muy bien sabido, exclamó consernada.

—En nombre del cielo, señora, no me acuseis, no me condeneis sin oirme. No soy culpable mas que de haber mirado por casualidad al vecino jardin y de haber sido vista por las personas que en él se hallan.

—No añadais la mentira á la intriga, interrumpió áserperamente la señora Lydoria, que hizo á la jóven ir delante de ella, la encerró en su cuarto dando dos vueltas á la llave y se fué en seguida á buscar al obispo.

(La conclusion en el número inmediato.)



EL GLOTON DEL NORTE.

Este animal es conocido por los rusos con el nombre de *rossomak*, y descrito por Lineo con el de *ursus gulo*. Buffon confundia con él el volveren de América, simplemente por desmentir al naturalista sueco á quien envidiaba mucho, y porque sabia que habia calificado al volveren como una especie distinta que llamaba *ursus lucus*. De esta suerte los escritores mas célebres se dejan esclavizar de las pasiones mas pueriles.

El gloton es un animal plantigrado, es decir, que anda sobre la planta entera del pié, como el oso y el tejón, y no sobre los dedos como el perro. Sus formas tienen mucha relacion con el tejón y con las martas cuyas cos-

tumbres son eternamente idénticas. De manera que siendo una especie intermedia entre los osos y las martas forma, por decirlo así, el tránsito natural de los plantigrados á los digitigrados.

Su figura es la de un perro grande de monte, pero tiene las patas mas cortas y casi toca con el vientre en el suelo cuando anda. Su piel es muy estimada de los rusos que la prefieren á todas, excepto la de armiño, de que se sirven para hacer gorras y manguitos. Su color es pardo ó castaño muy oscuro, tiene la cola bastante corta, ancho de cuerpo, y en general sus formas son toscas y pesadas; habita las comarcas mas frias del norte del Asia y se encuentra con frecuencia en la Laponia y en los desiertos de la Siberia.

Olaus fué el primer naturalista que ha escrito acerca del gloton, pero ha exagerado su voracidad al extremo de haberse hecho proverbial. Cuenta este autor que cuando devora un cadáver come hasta ponerse el vientre co-

mo un tambor, y que en seguida lo comprime entre dos troncos hasta que consigue vaciarlo; entonces vuelve al cadáver para saciarse otra vez y comprimirse de nuevo, y así sucesivamente hasta que consigue aniquilar su presa por grande que sea. Semajantes narraciones están refutadas en si mismas. Otros naturalistas y particularmente *Gmelin* han aventurado el decir que este animal por una escepcion única entre los seres vivientes, no gozaba del instinto de la conservacion, y cimentan esta opinion en que cuando vé un hombre no experimenta ni demuestra señal alguna de temor, y se le acerca con indiferencia como sino temiera peligro alguno. Suponiendo que sea cierto lo que refieren, no prueba seguramente otra cosa sino que viviendo en el desierto donde no alimenta temores de hallar otro ser mas fuerte, ignora lo que debe temer de la presencia del hombre, pudiendo desde luego asegurar que cualquier animal que careciese del instinto de la conservacion, no viviria veinte y cuatro horas. Pero prescindiendo de relaciones exageradas vamos á ocuparnos en lo que de cierto toca á su historia.

El gloton vive siempre solitario y cuando mas algunas veces con su hembra; habita en un hoyo que hace él mismo con las manos y las patas, y escoge siempre un terreno seco é inclinado, como la pendiente de una colina y resguardado con ramages de abeto ó de álamo blanco. Solo abandona su madriguera de noche para ir en busca de alimento que consiste en rengíferos, antes y otros animales. Si habita alguna comarca donde tienden sus lazos los cazadores de armiño, empieza por acudir á los puntos donde acostumbran á poner las trampas, que conoce muy bien y en las que no se prende nunca, apoderándose de los animales que han caído. Si le falta este recurso, busca la pista de algun rengífero, la sigue con constancia y acaba por sorprender dormido al animal que persigue. Pero por tarde que le sienta, fácilmente logra salvarse huyendo, porque el gloton marcha con lentitud y no puede correr. Así es que ordinariamente se le escaparía su presa sino emplease mil astucias para sorprenderlos.

Muchas veces se oculta entre algun ramage espeso ó en el vacío tronco de un árbol desde donde puede acechar, y espera pacientemente emboscado sin moverse, hasta que la casualidad ó mas bien su prevision conduce una victima á su puesto.

Conoce las sendas frecuentadas por los ruminantes salvajes, cuando salen de los bosques para pacer en la llanura, y calcula sus vueltas para acometerlos cuando á la salida del sol se restituyen al bosque. En este caso sube en un árbol y se aposta sobre alguna rama que esté pendiente sobre el sendero que deben cruzar, y cuando se aproxima algun rengífero se lanza á él y le asegura de

tal suerte con los dientes y sus garras que es imposible defenderse ni librarse de su enemigo; generalmente no le devora hasta despues que espira su victima de la herida que la hizo del primer golpe que siempre es mortal, y se goza de su agonía y de los impotentes esfuerzos que hace por huir; hasta que despues de muerta satisface el gloton su apetito, conduciendo despues los restos del cadáver, sino es muy pesado, á la espesura del bosque y ocultandolo en un zarzal ó chaparro espeso para encontrarlo cuando lo necesite, ó bien sino puede trasportarlo le cubre con hojas y sarmientos.

Otros muchos animales carnívoros existen como el raposo y el lobo que acostumbran igualmente á ocultar los restos de la presa que no pueden devorar entera, mas sea por olvido ó por desconfianza no vuelven jamás á buscarla; pero no le sucede á este lo mismo, que sabe muy bien encontrarla cuando le aguijonea el hambre y no puede apoderarse de una presa palpitante.

El gloton se encuentra en las mismas selvas que el zorro azul ó el isates, y tiene el instinto suficiente de servirse de este último como de proveedor á falta de otro mas útil. Así que cuando quiere coger una liebre ú otra clase de caza menor, la sigue á larga distancia cuidando que no le vea para no espantarla y la sigue hasta el momento en que cae en las garras de algun isates: entonces se presenta el gloton y se ve aquel en la necesidad de huir abandonando su presa, para no ser victima él mismo.

Tan valiente como voraz se defiende intrépidamente de los perros y hasta de los mismos cazadores, pero como tiene tan cortas las patas no puede huir con ligereza y se los caza á fuerza de palos. No obstante necesitan para atacarlos con perros lo menos tres, y muy rara vez alcanzan la victoria sin que queden heridos y estropeados uno ó dos, porque se defiende con las garras y los dientes y las heridas que hace son crueles y profundas.

Schoeffer pretende que cuando el gloton se halla muy acosado de hambre, se lanza como la nutra á las orillas de los rios y de la mar, y nada y se sumerge fácilmente para coger los peces, que espantados se ocultan entre las piedras y agujeros del fondo. Pero sin negar enteramente este hecho, es menester desconfiar de su veracidad, porque su organizacion no está en armonia con las costumbres de los animales acuáticos ó anfibios.

Como se acomoda muchas veces á alimentos ya en un estado de putrefaccion, á falta de otros mas frescos, fácilmente se concibe que frecuente en ciertas ocasiones las riberas para rebuscar en las inmundicias que las olas arrojan á ellas, y esto sin duda ha hecho creer á los observadores superficiales, que pesca por sí los peces que le han visto comer.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

CASAS DE HUÉSPEDES.

I.

He aquí la carta que pocos días há, puso en mis manos el cartero:

S.... 13 de setiembre de 1843.

«Despues de tres años de permanencia en esta poblacion, conozco, mi querido amigo, la necesidad de pasar algun tiempo en la corte, ya que los viajes á las principales capitales de nuestras provincias, ni el voluntario

destierro, de que he probado, han podido curarme de la melancolia que se ha hecho habitual en mí, he determinado volver al bullicio y distracciones de la capital, tal vez así consiga, lo que no he podido alcanzar por otros medios, la tranquilidad de mi corazon; ademas querido amigo, tú vives en Madrid, y esta sola razon.... (hago gracias á los lectores, de cuatro líneas que hay despues de aquella palabra empleadas, en cumplimientos amistosos.)

«Bien sé que no te parecerá muy buen remedio para mi mal, ir al sitio en que se encuentra su causa, por que supongo sabras, que ella ha vuelto ya ahí; pero en-

tre el inconveniente de encontrarla alguna vez, y atrasar algo con este motivo, en mi propósito de borrar de mi corazón, la causa de mi desgracia, y entre morir de tristeza en este pueblo, sin sociedad y sin distracciones, he preferido tomar el primer partido.

«Voy, pues, á hacerte un encargo, confiado en tu amistad; ten la bondad de buscarme una casa de huéspedes, para la entrada del invierno, que será cuando llegue a esa, ya conoces mis gustos y yo desde luego apruebo la que tú escojas. En cuanto á la calle, me es indiferente, no siendo en los extremos de la población, vé antes de hacer la elección, todas las mas casas de huéspedes que puedas, y vuelvo á repetirte, que la que tú elijas, está bien elegida.

«Tengo algunos negocios que arreglar aun, por lo que no puedo estenderme mas por hoy. Adios, anhela darte un estrecho abrazo, tu amigo

Enrique.

«P. D. Contéstame á vuelta de correo, acerca de mi encargo, para dárselo á otro, si no pudieras hacerle tú.

En cumplimiento de la anterior posdata, contesté aceptando el encargo: por mas que me fuera incómodo, no estaba en mi mano rehusar. Enrique es un amigo de la infancia que me cuenta sus secretos mas ocultos, yo supe los motivos que le alejaron de Madrid, aprobaba su resolución de volver á él, y le decía ignorante de mí) que perdiera cuidado, pues encontraría cuando llegase, una habitación á su gusto.

Voy, pues, á confiar á mis lectores, (pero con la condición de que no hagan correr la voz) la causa de la melancolía de mi amigo. Dos años hacia que había llegado á Madrid, para seguir la carrera de leyes, y ningún motivo había tenido para perder la calma natural en su corazón y los dorados sueños y brillantes ilusiones que hacían su felicidad: una noche, le ofrecieron sus compañeros de posada, presentarle en cierta reunión, que daba periódicamente un rico propietario de la corte; aceptó nuestro Enrique, y mas le valiera no haberlo hecho, porque de aquella noche datan sus disgustos, y la amargura de su corazón. Tiempo hacia que vagaba por aquellos brillantes salones del brazo de uno de sus amigos sin objeto alguno, cuando la casualidad le hizo fijar la vista en una joven de hermoso cabello castaño, lánguidos ojos, linda boca y blanca tez, levemente sonrosada, y cuya fisonomía manifestaba cierta espresion de viveza, acompañada de dulzura; desde aquella noche, huyó del corazón de Enrique la calma, para dar lugar á la mas violenta pasión.

En fuerza de diligencias, halló medio de que le presentaran en casa de la joven, y lo que es mas, logró con el tiempo, grangearse la voluntad de doña Orosia, su tia, señora que se había encargado de ella, desde que quedó huérfana, y que hacia sufrir no poco á la joven, con su orgullo, su elogio de las costumbres pasadas y criticas de las presentes, con ser gazmón y devota, sin duda por ocupar en algo su espíritu vacío de sentimientos generosos y nobles.

Matilde, que tal era el nombre de la muchacha, correspondió despues de algun tiempo á el amor de Enrique, el cual estaba cada momento mas entusiasmado, apesar de los celos inconcebibles, de las pruebas mas difíciles, y de las exigencias mas injustas, que se veía precisado á sufrir todos los dias.

Tuvo en aquella época nuestro Enrique necesidad de salir de Madrid por algunos meses, para arreglar en su casa, ciertos negocios de familia, lo cual contrarió á los amantes, que no hay para que decir, se ofrecieron mutua felicidad, y aumentar la renta de correos, con dos cartas cada uno; libertamos al lector de la pintura de su despedida, baste decir que despues de mil palabras va-

cias de sentido, de gemidos, lloros, gritos y otras cosas por ese estilo. Enrique tomó el camino de su casa quedando Matilde en la suya.

Llegó el viagero, y tuvo la satisfacción de recibir una carta apasionada de Matilde, en que le repetía por escrito, lo que por centésima vez le tenia dicho de palabra, sucesivamente fué recibiendo otras epistolas, aunque no tan apasionadas, luego empezaron á faltar algunos correos, hasta que por último cesó de todo punto la correspondencia.

El motivo de esta mudanza, no fué otro que las nuevas relaciones, entabladas con un comandante de caballería, que habia llegado á la sazón de guarnición á Madrid, y á quien la buena doña Orosia protegía, por la identidad de ideas y rarezas que tenia, ó aparentaba tener el comandante con las suyas.

En tanto, Enrique se veía precisado á alargar su vuelta, por mas tiempo que el que pensaba, contentándose con lamentarse de la inconstancia y falacia de las mugeres, cosas ambas que tenia oídas desde que iba á la escuela; y en que no habia querido creer por completo, hasta que un dia recibió la noticia del casamiento de Matilde, con el comandante.

Furioso Enrique, determinó venir á Madrid, abandonándolo todo, y con la cabeza llena de mil planes de venganza, á que hubo de renunciar, luego que supo que Matilde se llevaba muy mal con su marido, llegando hasta maltratarla, y que á consecuencia de estos disgustos, doña Orosia, que habia tenido una no pequeña parte en la realización de aquella union, habia muerto.

Entonces fué cuando tomó Enrique la determinación de recorrer varias capitales de provincia, para distraerse, y probar á arrancar de su pecho, la imagen de la ingrata y desgraciada Matilde; viendo que no lo conseguía, se aisló en S..... donde se dedicó sin descanso al estudio, pero nada de esto sirvió, sino para convencerle de la dificultad de extinguir en su corazón, el fuego de su delirante amor.

La carta que encabeza este desaliñado articulejo, ha hecho saber á mis lectores, la determinación de Enrique de venir por algun tiempo á la corte, y el compromiso en que estoy, de buscarle casa; van pasados algunos dias, y ninguna diligencia he hecho; y como esto no sea cumplir, como debia, con toda eficacia el encargo de un amigo, he resuelto empezar sin demora á desempeñar mi cometido.

II.

El forastero que esté en la inteligencia, de que cuando llegue á la capital, le es sumamente fácil encontrar un alojamiento á su gusto, se lleva seguramente un buen chasco, si es un celibato, que raya en los 34, que cansado de usar de la libertad de su estado, desea entrar ya en otro mas pacífico, si el objeto de su venida á la corte, ha sido buscar una muger de ciertas y determinadas circunstancias, á quien dar la mano, para atravesar nidos el camino que les falta hasta el sepulcro; que descontento, él encontrará á centenares mugeres con todos esos requisitos, con todas las circunstancias que desee, pero que no pretenda hallar una casa donde hospedarse, con las comodidades y perfección que apetezca, porque puede estar seguro, de no encontrarla. Yo me he convencido ahora que he corrido y examinado varias posadas, de que en Madrid, mas fácil es hallar muger, que una regular casa de huéspedes.

Para desempeñar mi encargo empecé por leer todas las mañanas el Avisador, Diario y Nuevo Avisador, y formar una lista de los anuncios de «señoras viudas que ceden un bonito gabinete y sala decentemente amueblada, en uno de los mejores sitios, á un caballero solo; de otra señora que jamás ha tenido huéspedes, para

que con motivo de las circunstancias, se vé en la precisi6n de admitir uno 6 dos caballeros que la ayuden á pagar gastos, y de otros infinitos, entre los cuales se encuentran algunos que por 5 rs. ofrecen á todo ciudadano del género masculino, (siempre hombres, ¿en qué consistirá esa repugnancia de las patronas á tener señoras de huéspedes?) un desayuno de chocolate, al medio día sopa, un buen cocido, un principio y un postre, con el guisado y ensalada de ordenanza por la noche, todo esto con asistencia ó sin ella, en lo que hay poca diferencia.

Armado de mi lista y de mis anteojos para columbrar los papeles atados á la estremidad del balcon, echéme por esas calles, y empecé á subir y bajar escaleras por la de una hermosa casa de la calle del Principe, la cual segun noticias de un criado que me la enseñó, se cedia en su totalidad, ó solo en parte. El criado vá de pieza en pieza, diciéndome con cierto tono de orgullo:

—Este era el gabinete del señor conde; aquí tenia el tocador la señora condesa, el dormitorio de la señorita es ese que está á la derecha, estas tres piezas las ocupaba el sobrino del señor conde; como no será facil encontrar quien tome todas las habitaciones, la señora piensa admitir cuatro huéspedes, y que la sala sea comun para todos.

—Bien, y por el gabinete, la pieza que sirve de tocador, una comida regular y cama, qué es lo que se paga?

—La señora me tiene encargado que siendo un caballero solo, pida 40 rs.

Despedime diciendo, veria si encontraba otra que tuviese mejores vistas, y subí á una casa de la calle de Pontejos, en que se anunciaba un gabinete y alcoba; entro y me dirigen á una sala bastante bien amueblada, aunque no tanto como la de la anterior, estaba ocupada por un caballero y un peluquero que le rizaba el pelo, por un señor obeso que escribia sobre un velador en papel sellado y en forma de memorial, por un paisano y un militar, que daban grandes voces disputando acaloradamente sobre política, y por un hombre ocupado en empaquetar en un baul zapatos de señora, juguetes para niños, y otras chucherías, que sin duda llevaba á su familia, pues aquel era el que dejaba desocupada la habitacion. El gabinete era regular y la alcoba bastante buena.

—¿Cuánto es lo que pide vd. por este cuarto? pregunté á una señora vestida de negro, que parecia de unos 50 con pico de años, y cuyo aire y maneras le daban á conocer á tiro de cañon por la patrona de la casa.

—Yo le diré á vd., la habitacion es muy buena, y ademas puede vd. disfrutar de la sala para recibir y aun para leer ó escribir, porque los compañeros son excelentes señores, y no se siente entre ellos una mosca, la comida con dos principios, y una buena cama, todo esto lo costará á vd. 22 rs., que no es nada, si se hace vd. cargo de que además el balcon es un coche parado.

La despedida fué parecida á la de la casa anterior, pasé á recorrer otras ocho poco mas, poco menos, como la que acaba de describir.

Después de ver como dos docenas de casas, mejores ó peores, pero ninguna que conviniera á Enrique, dí conmigo en la de la señora que anunciaba no habia tenido nunca huéspedes; era en la calle de Jardines, un criado me condujo á una sala decentemente amueblada, y en la que tuve tiempo mientras vino la dueña, de notar que entonces los habia, pues sobre una silla se veia un sombrero y un baston: y en un rincon un sable de caballeria y un sombrero de ayudante; abriose la puerta del gabinete y.....

—Pero qué veo, ¿si me engañarán mis ojos? no, es ella, es Clara, la linda costurera, la hija de mi antigua patrona; ¿como te va, querida Clara?

—¿Muy bien, y vd. está bueno?

—Perfectamente, cuanto tiempo hacia que no te veia, donde has andado, ¡ah! picarilla, te habrás casado ya con aquel boticario que te acompañaba á paseo los dias de fiesta.

—No me hable vd. de ese tunante, que se ha portado tan feamente, me pidió mil rs. que dijo necesitaba para el exámen, y luego que se recibió se casó con otra, y no le he vuelto á ver mas.

—Infamia como ella, abandonar á una muchacha como tú, con 18 años, con tu blancura, tus colores, tus palabras de amor, amen del caudalillo que te dejó tu madre.

—¡Bah! eso me importa poco, no ha faltado sin embargo quien se acuerde de mí, y quien ponga á mis pies sus caudales..... pobres hombres! ¡qué facil es engañarlos!

Contóme Clara su vida, abundante en situaciones curiosas, y que por demasiado larga omito á mis lectores, viniendo después de rodar de mano en mano á parar á las de un procurador, con cuya ayuda, ó mas bien á su costa, habia puesto la casa que destinaba á huéspedes, segura de prontas ganancias, experimentada como era en esta industria por haberla tenido su madre, contando con otros medios de prosperar y dotada de finísimo tacto para conocer qué huéspedes la convienen, y para hallar motivo de cerrar ó romper los ajustes, segun esta conveniencia. No siendo la mia, hacer ninguno con ella para mi amigo, me despedí de la muchacha, no sin que me encargara que fuera á verla con frecuencia.

Recorrí en pocos dias una porcion considerable de casas de huéspedes, hasta venir á parar á un cuarto segundo de la calle de Preciados, que era el anunciado en 5 rs., y me encontré con una alcoba, por la cual se entraba, no sin gran peligro de quedar atascado entre la puerta y una silla, á un gabinete como de hasta unos doce pies y no en cuadro, porque su figura era tan regular como la que forma una gota de tinta oprimida entre dos papeles, tales eran los angulos entrantes y salientes, que formaban los tabiques de las demas habitaciones, y los cañones de las chimeneas de abajo; una ventana convidaba con deliciosas vistas á un tejado, en que se podia divertir el huésped presenciando los amores de las Zapaquildas y Micifus de la vecindad. Los muebles consistian en un tablado de pino y una silla introducida á golpe de mazo entre aquel y la pared de la alcoba; en el gabinete cinco sillas (que no sé porque se han de llamar de Vitoria, si se hacen en el portal de mi casa) y de una vetusta cómoda, colocada delante de la puerta de la sala, que estaba condenada en la actualidad, porque la habitaban tres estudiantes.

Cuando salí me encontré con el que abandonaba el palacio que acababa de ver, y á petición mia me dió los informes siguientes; que el cuarto era un infierno, donde no se podia permanecer en razon á los ejércitos de animalitos que tenian declarada cruda guerra al atrevido que durmiera en aquella alcoba, sin distinguir de colores ni de opiniones; ademas la vecindad era malísima; y no se podia estar en la tal habitacion, durante el día, porque el machacar la suela del zapatero de arriba, los palos que la vecina del frente llevaba de mano de su marido, el coro de chiquillos que chillaban, lloraban y cantaban el *Mambrú se fué á la guerra*, y el martillo del herrador de la casa de al lado, producian un ruido diabólico, esto sin contar las veces que sacaban al balcon de la calle una cotorra sin mas gracias que dar chillidos, y las en que el citado albeitar herraba á fuego, y repartia por todo el barrio un purísimo olor á cuerno quemado.

Me informó tambien de la diversion que todas las tardes proporcionaban á la vecindad los estudiantes, apedreando desde el balcon al perro de la tendera de la

esquina, ó llamando á los vendedores, charlando con las muchachas de enfrente, y escupiendo á los que pasaban por la calle; y me aconsejó no llevara á aquella casa á ninguno que bien quisiera; dile las gracias y abandoné por aquel día mi comenzada tarea.

No sé si á mis lectores les sucederá que al despertar por la mañana, empiezan á recordar lo que hicieron el día anterior y las ocupaciones del presente; de mí sé decir, que es el primer trabajo diario en que se ocupa mi imaginación. Luego que le hube realizado una mañana, saqué por resultado que despues de subir y bajar tanta escalera, despues de examinar multitud de casas de huéspedes, desde la calle del Prado á la de Calderon, desde la plazuela de la Villa á la de Bilbao, todavía no tenía cuarto donde alojar á mi amigo y lo que es mas, que según su carta recibida el día anterior, debía llegar en el presente.

En este caso, determiné contarle mis diligencias, y el poco fruto de ellas, pues no había encontrado ninguna casa de huéspedes que le conviniera, porque en unas la mala escalera, en otras la tristeza de la habitación, en estas el ruido de la vecindad, en algunas las disputas entre los huéspedes y la patrona, sobre si traía ó no moscas en la sopa, y si había parecido el pábilo de una vela de sebo en la ternera, (lo cual era una prueba irrecusable, en pro del sistema económico de la cocinera) todas estas circunstancias me decidieron á esperar que viniera Enrique, para recorrerlas juntos otra vez y que él escogiera.

III.

A la hora en que me dijeron debía llegar la diligencia estube puntual en el despacho de las generales, pero tuve que esperar hora y media, para tener el gusto de abrazar con la mayor alegría á mi amigo Enrique.

—¡Siempre de buen humor! ¡cuanto me he acordado de tí! me dijo él.

—Siempre, le respondí, y con mas motivo cuando te veo.

—Amigo, estás muy grueso y de buen color ¡cuántas cosas tengo que decirte!

—Si vieras que novedades ha habido entre nuestros amigos, unos se han casado, otros han ido al extranjero; ya te contaré, ya.

—¡Ah! ¿y cómo estamos de casa de huéspedes? en qué calle la has tomado?

—Hombre yo te diré, he visto muchísimas, pero te confieso que no he tomado ninguna, porque temia no acertar con tu gusto, y me ha parecido mejor que te

vengas á mi casa, mientras las volvemos á ver juntos.

Enrique se negó absolutamente á aceptar, y por de pronto se quedó en la hermosa fonda de las Diligencias peninsulares, nueva y perfectamente establecida, diciéndome con cierto tono de mal humor, que no habria formado mucho empeño en buscarla, porque no creia obra de romanos hallar una habitación á gusto suyo. Yo callé esperando otra ocasion para contestarle.

Recorrimos otra vez las 300 y mas casas de huéspedes que habia yo visto, y ninguna le pareció bien á mi amigo, que callaba cuando yo me reía á carcajadas, y le repetia siempre que bajábamos de alguna habitación que no le habia acomodado.

—Cuando yo te lo decia.

Un día subimos á un cuarto principal que tenia papeles en el extremo del balcón; la que parecia dueña de la casa, nos rogó con amabilidad volviéramos á la mañana siguiente, porque la señora que iba á dejar desocupado el cuarto, y que marchaba á Valencia, estaba entonces ocupada con el escribano y su administrador tratando de intereses, y no se atrevia á interrumpirla.

IV.

En aquella tarde salí yo para Cadiz, á donde me llamaba un negocio de importancia, y aunque no pensaba detenerme mucho tiempo, luego que llegué conocí tardaria algunos meses, el poder regresar á Madrid.

Enrique debió volver solo al día siguiente á la casa de huéspedes. Por el primer correo tuve la satisfaccion de recibir la siguiente carta suya:

«Querido amigo: soy el mas feliz de los hombres, la señora de quien nos habló aquella patrona el día de tu repentina salida de esta, era Matilde... ¡Matilde que hace cerca de un año está viuda! Matilde me amaba aun, y me he convencido hasta la evidencia, de que no tuvo ella la culpa! antes por el contrario se opuso cuanto pudo al fatal casamiento que tanto me ha hecho pasar; dentro de veinte dias me uniré á ella para siempre... Adios; cuanto siento no estés aquí, pues entonces seria completa mi alegría.

En mi contestacion, la daba la enhorabuena, y me ofrecia á ser padrino del primer vástago de Enrique; conque tengan vds. cuenta, señores míos, que he pensado obsequiar el día del bautizo con un escarpin de dulces, á todos los lectores que hayan sido dotados de la necesaria dosis de paciencia para seguir mi mal pergeñado articulejo hasta aquí.

REMITIDO POR A. F. R.

FIESTAS DE LOS JUDIOS.

Es curioso conocer las fiestas consagradas por los antiguos hebreos y que tan frecuentemente se mencionan en la Biblia. Dispersada la nacion judaica sobre el ámbito de la tierra presenta aun hoy día un espectáculo digno de atencion, esperando el Mesias, conservando sus creencias, y permaneciendo fieles á sus prácticas.

Vamos á describir algunos detalles relativos á las cuatro fiestas que anualmente celebraban los judios; tres de ellas las celebraba solo el pueblo de Dios; mas la cuarta que llamaban *fiesta de las trompas* ó *de las trompetas*, que la representa el grabado que acompaña á este artículo, y que la considerahan como el aniversario de la creacion, no era peculiar y originaria de los hebreos, sino que tambien la observaban todos los que vivian en el temor del Señor.

El séptimo mes, que corresponde al nuestro de setiembre, era antiguamente el primero del año, en conmemoracion de la creacion y continúan considerándole como el primero del año civil. Pero despues del abandono del Egipto, el séptimo mes (Abid) constituye una nueva era en la historia de los israelitas. El Señor dijo á Moisés y á Aarón: «Este mes sera el primero de los meses; será el primer mes del año; santificad el mes de *abib* (el mes de los frutos) celebrando la Pascua en loor del Señor vuestro Dios, pues que es en el que el Señor, vuestro Dios permite que emigreis durante la noche del Egipto.»

El doctor Gil observa acerca de lo que acabamos de citar, que celebrando la fiesta en el primer día del año entrante, parece natural que fuera instituida para dar gracias y mostrar su reconocimiento por los sucesos felices

del año espirado: y como en esta estacion habian recogido ya todos los frutos de la tierra y no solo el trigo y otros granos sino hasta el aceite y el vino, para impetrar tambien las divinas bendiciones sobre los productos de la siguiente primavera. Sea de esto lo que quiera, los judios además creen que corresponde este dia al del aniversario de la creacion, y los ecos de las trompetas son para ellos el emblema de los ecos celestes, en cuyo momento se reunen todos los astros de la mañana para alabar á Dios, y los ángeles y los siervos del Señor se entregan enteramente á los transportes del regocijo. Puede interpretarse esta fiesta tambien como una advertencia hecha á los judios á fin de prepararse para el dia de la espacion que era el décimo dia, y para la fiesta de los tabernáculos, señalada para el dia 15 á mitad del séptimo

mes. Los judios santificaban esta fiesta con ejercicios piadosos, las trompetas resonaban por todos los ángulos de las sinagogas, y despues de una comida abundante dedicaban el resto del dia á las prácticas religiosas.

La Pascua. Fué instituida esta fiesta, que ya hemos citado, en conmemoracion á el aviso que dió Moisés á los hebreos, cuando llamando á todos los hijos de Israel les dijo: «Cada familia inmolará este dia en el umbral de la puerta de su casa un corderillo y con su sangre la rociará toda; ninguno de vosotros saldrá de ella hasta por la mañana, porque seriais exterminados y cuando pase el Señor por delante de vuestras puertas, y mire la sangre de que se hallaran teñidas, no permitirá que penetre en vuestras casas ni que os hiera el angel exterminador. Conservareis esta costumbre que debe seros in-



Fiesta de las trompetas.

violable lo mismo que para vuestros hijos, y cuando os pregunten por qué se rinde este culto religioso, les contestareis: esta es la victima inmolada al transito del Señor cuando salvó las casas de los hijos de Israel de la destrucción egipcia.»

La fiesta de las semanas. Esta fiesta la celebraban siete semanas ó cincuenta dias despues de la Pascua, y es conocida en el nuevo testamento con el nombre de *Pentecostés*, derivado de una palabra griega que significa cincuenta. Fué instituida en conmemoracion de la ley de Dios dada en el monte Sinai, cincuenta dias despues de haber salvado á los israelitas. La *Pentecostés*, era tambien llamada *fiesta de las mieses*, porque cae al terminar la época de la recoleccion del trigo, y ofrecian al señor dos panes hechos con las primicias y veinte de bari-

na de flor, rindiendo a este tiempo solemnes acciones de gracias.

La fiesta de los tabernáculos. Esta fiesta la observaban los israelitas por espacio de siete dias despues de tener cerrados en sus graneros todos los frutos de los campos; acogian y hacian participar de su alegría y de sus festines, al levita, al extranjero, á la viuda, á la huérfana é imploraban la bendicion de Dios sobre sus tareas. En conmemoracion de la mansion que hicieron sus antecesores en el desierto habitando en tiendas de campaña, construyen unas especies de cabañas con ramas de árboles, y permanecen en ellas durante los siete dias en que se celebra la fiesta, y toda la nacion debe ir á Jerusalem á adorar el tabernaculo de Jehovah.

ESTUDIOS LITERARIOS. (1)

Esta carece de título

Vds. se le pondrán.

Voy á escribir en esdrújulos
¡Ocurrencia singular!
No diré qué ¡voto al chápiro!
Que aun no sé lo que saldra.
Suplico á todo católico
Que se ponga en mi lugar
Y si el órgano de Móstoles
Toco por casualidad,
Reflexione que los dactilos
Son fruta de Barrabás.
En verdad que tiene intrínquilis
Y nadie lo negará,
En unos pies tan diabólicos
Las ideas espresar,
Y esto de estar siempre dándole
Tras un asonante en á
Sofocara al mismo Sófoeles
Pero valor. — *En avant.*

¡Oh Plácida de las Plácidas
Criatura angelical,
Tú cuyo aliento es un cesiro
Que me refresca al pasar,
Tú cuyos ojos suavísimos
Me embriagan con su mirar,
Tú cuyos labios de almivares
Blanda armonía me dan,
Tú eres la Huri de mis cánticos
Si no lo llevas á mal.

Tres días hace ¡oh mi tórtola!
Que te di mi libertad;
Ayer amorosa epístola
Puse en tu mano al pasar
Y hoy pulso en tu honor mi cítara;
Esto marcha voto á tal:
Con tal que los cielos prósidos
Favorezcan nuestro afán
Y nos alejen fatídica
La sombra de tu mamá.
De amor en el hondo piélagos
Naveguemos sin pesar
Viento en popa aproximándonos
A puerto de libertad.

(Mucho me temo, carísima,
Que de esto vas á sacar
Lo que el negro de la plática.
¡Oh esdrújulos de Satán!)
Pero yo soy franco, Plácida,
Te voy á desenganar.
Soy el hombre mas ridículo
De toda la cristiandad,
Y este cariño volcánico
No sé lo que durará;
Mi génio es altivo y áspero
Mas áspero que un zarzal;
Cuando me enfado, á Caligula
Dejo mil pasos atrás
Y temo, paloma cándida,
Que no hemos de congeniar.

Y así, aunque me veas, Plácida,
Con mas barbas que el dios Pan
O mas sério que Anaxágoras
Que no se rió jamas,
No me impacientes la cólera
Porque sería capaz
De una de pópulo bárbaro
Si me llevo á acalorar.

Item; quiero ser el único
Que inciense, niña, tu altar,
Porque si fueras tan pérdida
Que me dieras un rival,
Aunque yo no soy tan bárbaro
Que me apriete el pasa-pan
Ni que promueva colérico
Un combate singular
Esponiendo mis mandíbulas
A un soplamocos fatal,
Declino por lépus léporis
Y no te vuelvo á mirar.

Si te ha enamorado, Plácida,
Mi mérito personal,
Lo apruebo: no soy un ciclope
Ni un Ganimedes; ¡mas ah!
Si fías en mi retórica
Te juro que haces muy mal
Porque soy de humor tan trético
Qué en un mes no suelo hablar

Tampoco en esas Termópilas
Que algun sastre montaraz,
Travillas apellidandolas
Nos hizo ¡infame! adoptar;
En esas estrechas cárceles
Potro de la humanidad
Que encogen fibras y músculos,
Pienses que me he de encerrar;
Ni que voy á hacerme víctima
Del calabozo de un frac;
No señor: bragas muzlimicas
Y viva la libertad,
Y si me apuras un apice
Visto á lo San Sebastian.
Si así me quieres, ¡magnífico!
Si nó, lo puedes dejar
Que no por vanos escrúpulos
He de estar como Jonás
En el famélico estómago
De la ballena voraz.

Plácida mía, medítalo
Por San Hilarion Abad
Mira que soy un Autócrata
Mira que te voy á asar,
Mira que vas á ser víctima
De aqueste génio infernal.
Mira que soy muy exótico:
Vas á sudar alquitran
Si te propones pacífica
Mis rarezas aguantar.

Con estos pelos de búfalo
Que dados de baja están,
Con este gesto tan ácido
Anómalo, irregular,
Con las barbas que en naciéndome
No me las pienso afeitar....

(1) Esta composicion ha sido leida con aplauso en el Liceo de Valladolid, y se nos ha remitido por el autor para su insercion en nuestro periódico.

Plácida... por los apóstoles,
Soy un amante fatal.

Y luego estoy reñidísimo
Con el arte de bailar
Y en este siglo del fósforo
Solo enamora un galán
Con el rigodon insípido
O con el lúbrico wals.

Y además tengo á la música
Afición particular:

Me tengo por flarmónico...
No soy, valga la verdad,
Ni como el cisne de Pésaro
Ni como el tierno Mozart
(Es Mósar en la penúltima
Pero á ti que mas te dá)
Mas ¡ay! aborto unos cánticos
Que te harán horripilar.
Unos gorgoritos, Plácida,
Dignos de un orangutan.

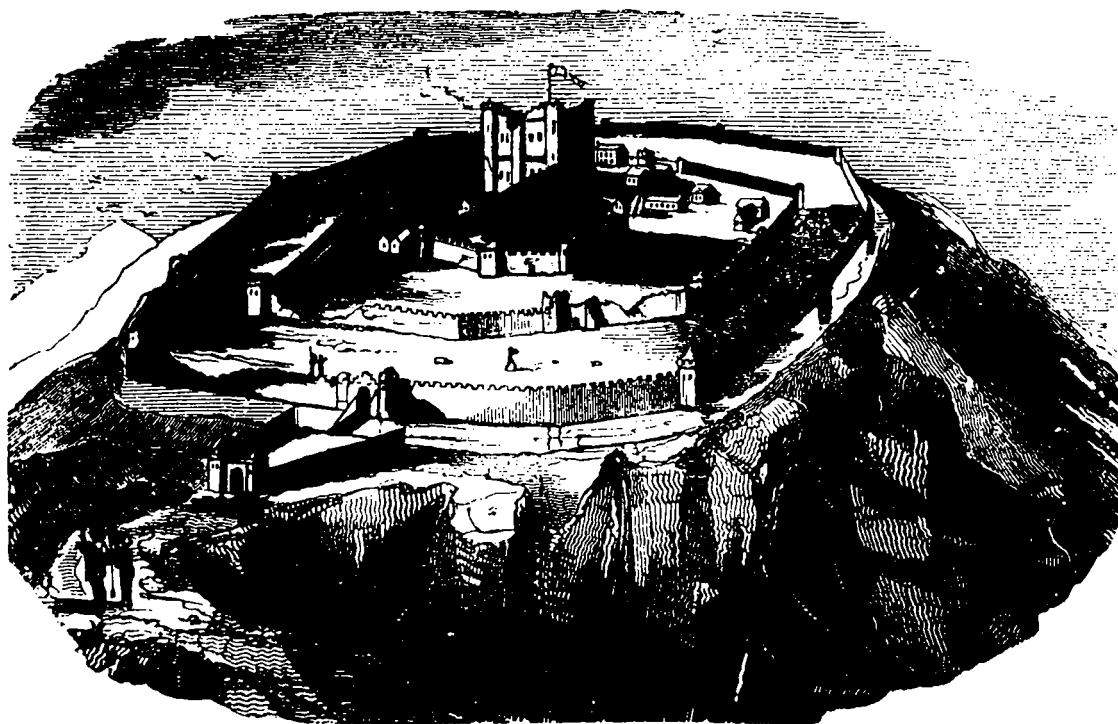
Míralo bien, por San Crispulo,
Que soy poeta además
Romántico, cadavérico,
Escéptico, funeral,
Antropófago, famélico,
Escéntrico, singular,
Lívido, fantasmagórico,
Raquitico, antisocial,
Sulfureo, aéreo, fantástico
Y paupérrimo que es mas.
Si mis cánticos horrisonos
Suelto en tono sepulcral,
Mas que unas exequias funebres
Te van á hacer sollozar;
Esto cuando soy Eraclito,
Porque otras veces me dá

Por imitar á Demócrito
Y plagiar á Juvénal
Componiendo unos epigramas
Con aceite de alacrán;
Y entonces ¡Virgen Santísima!
Voy á ridiculizar
Hasta la menor partícula
De tu anticuado papá,
(Qué Plácida, entre paréntesis,
Le temo... como á un caiman)
Porque yo no tengo prógimo
Ni á mí me sé perdonar.

Si todos estos obstáculos
No te hacen volver atrás,
¡Oh Plácida placidísima,
Bien puedes asegurar
Que ni Job el pacientísimo,
San Lorenzo ni San Juan,
Ni todos los Santos Mártires,
Se te pueden comparar.
Mas si piensas en un ápice
Contrariar mi voluntad,
Pronto te cito de un látigo
Ante el atroz tribunal
Y en un arrebató lírico
Te rompo la crisma ¿estás?

¡Oh público, estos esdrújulos
Me van á sacrificar
Y como es probabilísimo
Que estés harto hasta no más
Me darás tu beneplácito
Que me voy á descansar.

V. SAINZ PARDO.



Vista general de un castillo sobre una eminencia.